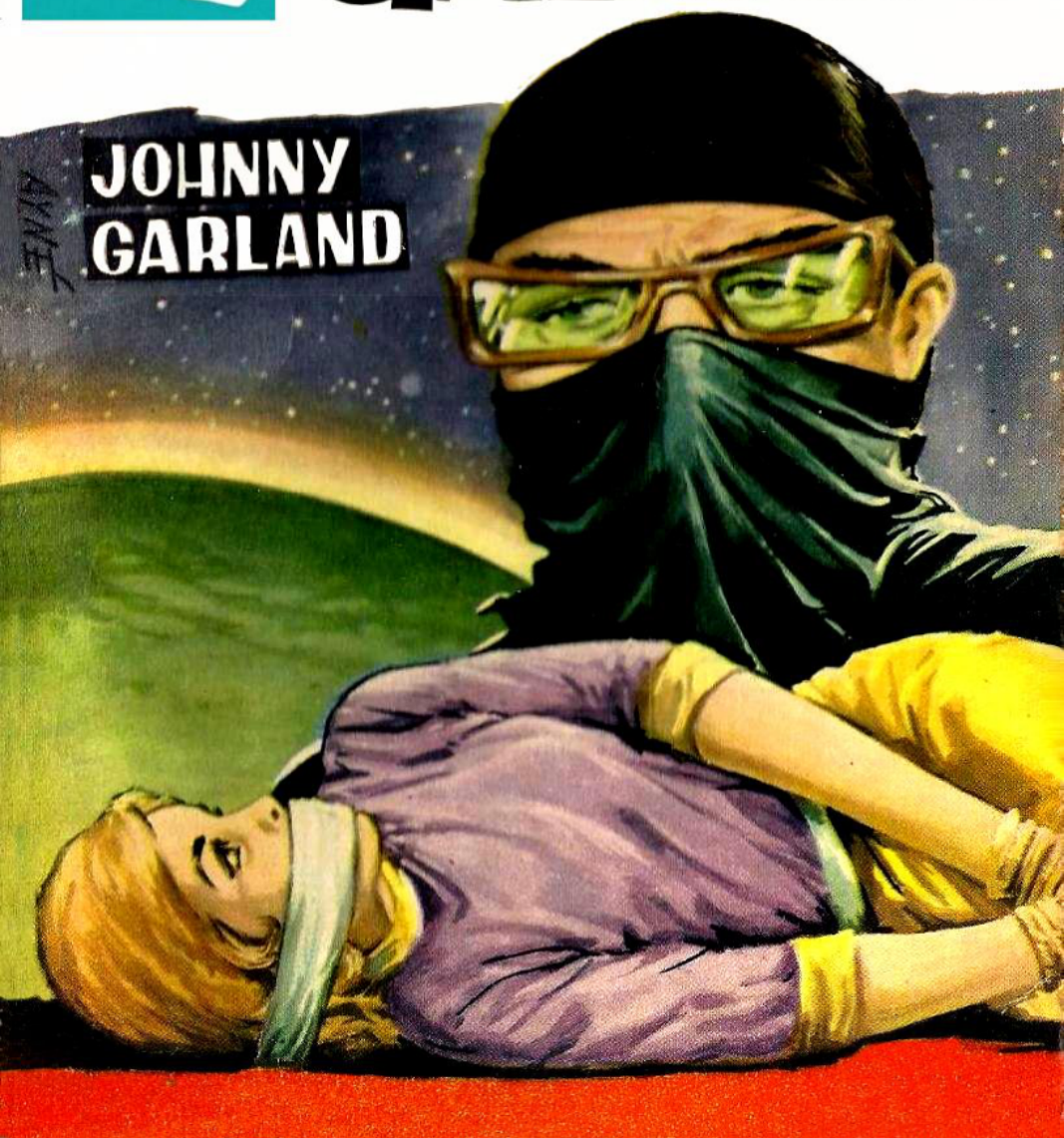


S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

LA TORRE DE LA GALAXIA

**JOHNNY
GARLAND**



LA TORRE DE LA GALAXIA



La Torre de la Galaxia

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 16.574 - 1961

Número de Registro: 4.413 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

La TORRE DE GALAXIA



CAPÍTULO PRIMERO

LA GRAN EMPRESA



ENÓRAS y señores de todo el mundo, transmite para ustedes la World-Vision, a través de su gran cadena intercontinental de emisoras, televisando el gran acontecimiento que puede marcar un hito gigantesco en la historia de la humanidad y de los espacios siderales. Aquí, su presentador y amigo, Cameron Wakell, ofreciéndoles a ustedes, en una transmisión en directo, televisada desde las mismas rampas de despegue de Campo Rojo, Arizona, el lanzamiento del más ingente y formidable hallazgo técnico y científico del hombre del siglo XXI...

En todas las pantallas estereoscópicas y multicolores de la televisión mundial apareció la faz del famoso Cameron Wakell, en primerísimo plano. Era el más popular personaje de su época. El presentador número uno, en los grandes programas televisados en cadena, y a través de todos los continentes, y retransmitido, incluso, a través de los TV-Satélites, a Luna-Término, y las colonias terrestres de Venus y Marte.

Luego, su brazo hizo un ademán. El «cámara» de la TV hizo deslizarse el objetivo hacia las grandes y centelleantes rampas de lanzamiento de la base aeroespacial de Campo Rojo, en Arizona.

Allí se vio la forma sensacional que iba a partir hacia los espacios. Deslumbraba el brillo del sol sobre su fuselaje resplandeciente, de un color plata bruñido y fulgurante.

No era un «rocket» habitual, o un vulgar proyectil-cohete, ni siquiera una esfera espacial dotada de turborreactores. Era algo más. Y muy diferente a todo eso.

Tenía la forma de una espléndida torre rematada por una cúpula hemisférica, de un material transparente, parecido al cristal. Pero con la dureza de una roca. Toda la longitud de la torre plateada —unos cuarenta metros, descontado su primer cuerpo, portador de los reactores— aparecía con una hilera de ventanas o miradores ovalados, que ahora cubrían unas cortinillas metálicas, de tono gris.

Sobre aquel cuerpo erguido, esbelto y orgulloso, que apuntaba al cénit en un desafío estático pero no menos evidente por ello, unas letras grandes, luminiscentes, en un tono rojo intenso:

«GALAXY TOWER»

—Sí, señores —proseguía la voz fácil y clara del gran presentador de la televisión, mientras su dueño sonreía, muy fotogénico, hacia las cámaras—. Ahí la tienen ustedes. Es «La Torre de la Galaxia», dispuesta a emprender su vuelo fantástico, de ave de plata, hacia las cumbres jamás alcanzadas y siempre soñadas por el hombre: las lejanas estrellas, los sistemas remotos, de astros infinitamente separados de la tierra por los espacios siderales...

Hizo una pausa. Él mismo parecía sobrecogido por la grandiosidad de lo que veía, de lo que estaba transmitiendo, de lo que trataba de comunicar a sus telespectadores. Pero cualquiera que conociese bien a Cameron Wakell, sabía que todo eso era pura farsa. Que Cameron era un hombre capaz de hacer sentir absolutamente todo a los demás; pero incapaz de sentir nada él mismo.

—Hoy, el esfuerzo de dos grandes científicos y de un gran mecenas de la ciencia y de la técnica hacen posible esta realidad ingente. «La Torre de la Galaxia», obra de los profesores Harold McDugan y Selwyn Farrow, se realizó materialmente gracias a la fortuna personal y al desinterés de Ingre Hanzer, el constructor de «rockets» de la Organización Federal de Astronáutica... —hizo una pausa, más estudiada que la otra, antes de lanzar la bomba a través de los micrófonos y objetivos de la televisión tridimensional en color—. ¡Y ahora, señoras y señores... «La Torre de la Galaxia», auténtico laboratorio científico y técnico de gran importancia, observatorio de primerísima magnitud, va a ser lanzado a los espacios, bajo la aprobación de la Organización Mundial del Espacio... con el propósito maravilloso e increíble de llegar a esas estrellas que distan miles de años-luz de nosotros!

Hubo un murmullo en todos los hogares y locales públicos donde las pantallas emitían la noticia televisada. Cameron Wakell sonrió ante esa sensación. Hasta él no podían llegar los ecos del colectivo murmullo de admiración mundial. Pero poseía demasiada experiencia en televisión para saber lo que era noticia y lo que era «supernoticia».

Dio el tiempo justo a que se apagaran los murmullos, y luego, micrófono

en mano, avanzó hacia las rampas de despegue de la base, gracias a la longitud flexible del «micro», ampliando satisfecho su sensacional relato:

—Amigos, míos, es fácil para mí imaginar su sorpresa, su estupor ante la noticia. Hoy en día, cuando al ser humano le ha sido permitido, gracias a su avance técnico y científico, pisar la Luna, y los planetas más próximos a nosotros, aún quedan noticias fantásticas, cosas aparentemente imposibles de realizar, que nos hacen pensar si alguna vez el hombre llegará realmente a detenerse en su progreso. Hoy, repito, en una era de auténticas maravillas, llega la maravilla número uno del siglo; el avance máximo del afán exploratorio del ser terrestre: el viaje a las galaxias remotas. Perseo, Algol, la Andrómeda, todo podrá ser muy pronto un paraje familiar al hombre, si «La Torre de la Galaxia» llega a su destino. Eso deseamos y eso pedimos a Dios fervientemente, en este día de gracia.

Alguien, allá ante un receptor, debió preguntarse en voz alta:

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible subir a las estrellas? Si distan miles de años-luz, ¿qué no tardará un cuerpo sólido, que no puede viajar ni siquiera a los trescientos mil kilómetros por segundo a que lo hace la luz?

Fue como si Cameron Wakell adivinase lo que pasaba por la mente de ese alguien. Y por la de muchos otros de sus fieles espectadores de todo el mundo. Muchos de ellos no hablaban siquiera su lengua ni la entendían. Pero los equipos automáticos de tele-traducción mundial, capaces de repetir sus palabras una décima de segundo después, vertida por los altavoces respectivos a la lengua del país de recepción, se cuidaban de borrar esa insignificante barrera idiomática entre los espectadores y el presentador.

Wakell estaba ya explicando a millones de oyentes, con sonrisa, de suficiencia, pero singularmente cuajada de simpatía:

—Sé lo que se preguntan ustedes. ¿Cómo será factible eso? ¿Se ha rebasado la velocidad lumínica acaso, sin que el mundo se haya enterado de tal prodigio? —otra pausa. Las aplicaba y medía teatralmente, como un auténtico actor. Añadió, tras el estudiado silencio—: Van a tener ustedes la respuesta ahora mismo. ¿En mis labios? Oh, no. ¿Quién soy yo, después de todo, para tal tarea? Un simple profano. Otro se ocupará de ello. Y ese otro, en primer lugar, será... ¡el profesor Harold McDugan!

Era una noticia sensacional.

Un rápido cambio en las cámaras. Y en las pantallas la faz ancha, maciza, rubicunda y risueña, del profesor McDugan, con sus candorosos ojos azules y su cabello rubio como el oro, crespo y levemente rizado.

—Hola, amigos —saludó con soltura—. Aquí Harold McDugan, profesor de Física y miembro de la Asociación Mundial de Astronáutica, hablando para ustedes sobre el vuelo de «La Torre de la Galaxia». No, no hemos alcanzado la velocidad de la luz. Todavía no, aunque no debemos perder las esperanzas. Pero sí hemos conseguido algo quizá más asombroso y notable, algo que muchos intentaron y que siempre se abandonó como cosa improbable y casi imposible. Nosotros lo hemos alcanzado. ¿Quieren saber lo qué es? Pues

escuchen a mi colega y colaborador, el profesor Selwyn Farrow. Él es más experto que yo mismo en la materia. Porque el invento es realmente suyo...

Otro cambio de cámaras. Ahora enfocaban a un hombre de estatura media, fuerte, sin llegar a la reciedumbre de McDugan. Moreno, de cabello abundante y ondulado, ojos brillantes y astutos, tras las gafas oscuras. Al avanzar hacia la cámara cojeaba ligeramente de su pierna izquierda, muy rígida. Pero eso no le quitaba prestancia.

—Soy el profesor Selwyn Farrow —sonrió con expresión algo seria—. Mi colega McDugan es muy modesto. En realidad, suyo y mío es el invento. Hemos logrado descomponer las moléculas, sin variar su estructura primitiva al volver a componerlas. Ése fue nuestro primer paso. Luego conseguimos dar con la proyección molecular a distancia. En un punto científicamente fijado, las moléculas se depositan de nuevo, una vez descompuesta la materia de un objeto o de un cuerpo vivo, con la misma forma original que tuvieron previamente... y con la misma naturaleza, vida y características anteriores, por supuesto. Eso, en términos vulgares, quiere decir que una forma inanimada, lo mismo que un cuerpo animal o humano, puede ser «enviado» o transmitido, igual que una imagen televisada, a una distancia infinita. Y allí vuelve a reproducirse tal y como era, sin la menor variación en estructura, indumentaria, etc. Ustedes me replicarán que para hacer eso factible será preciso antes situar un receptor de materia en el lugar elegido, ¿no es cierto? Pues bien. Yo, el profesor Selwyn Farrow, les informo gustosamente de que no es preciso en absoluto receptor alguno. Y que la materia, se reproduce automáticamente y por sí sola cuando la transmisión es perfecta, en cualquier cuerpo luminoso elegido previamente. Esto es, necesitan la luz para unirse de nuevo las moléculas, tras un viaje a infinita velocidad, puesto que dejan de ser cuerpos, para convertirse en simples puntos en movimiento, a una velocidad infinitamente superior a la de la luz... Éste es, a grandes rasgos, nuestro hallazgo. Y ahora el hombre que ha creído en nosotros, el gran Ingre Hanzer, constructor y creador de «rockets». Él hablará a ustedes de todo lo demás...

Un nuevo cambio en el rostro que asomaba a las pantallas. Ahora, el enjuto, grave e inteligente de Ingre Hanzer, magnate de los aerocohetes y naves del espacio. Un millonario cuya pasión era el espacio y su conquista. Un hombre famoso y de prestigio.

Sus ojos grises, firmes e inteligentes, se fijaron en la cámara, como queriendo llegar, a través de un espacio imposible de ver, el que le separaba de sus espectadores, y habló sereno, reposado, con su educado acento de Harvard:

—Cuando recibí los informes técnicos de los profesores Farrow y McDugan admito que dudé de su capacidad y de su eficacia para un fin tan asombroso. La transmisión de moléculas descompuestas, para reagruparse de nuevo en un cuerpo luminoso previamente elegido, me pareció fantástica, irrealizable. Pero me convencieron con unas pruebas, dentro de una cámara vacía de aire. Porque ustedes deben de saber que esa transmisión solamente es

posible partiendo de un lugar carente de aire, donde el «translator» de materia actúa limpiamente, sin dificultades provocadas por la atmósfera y sus parásitos. Por esto he fletado, convencido finalmente de su efectividad real, la llamada «Torre de la Galaxia», auténtica fortaleza de donde partirán los seres humanos y sus objetos, disueltos en moléculas, que luego se agruparán en lugares situados a miles de años-luz, en simples minutos u horas de viaje a través de espacios ingentes. Por esas razones he aceptado patrocinar esta gran empresa. Sería demasiado optimista si afirmase aquí que he hallado la colaboración y apoyo de entidades oficiales. En realidad, nadie acepta el éxito posible de la empresa antes de que dicha empresa pase del terreno de la teoría al de la práctica.

Se advertía cierta amarga ironía en el tono de Ingre Hanzer, el hombre que quería hacer posible el sueño de dos científicos. Entretanto, la televisión logró presentar a sus espectadores, a través de un bello y limpio montaje de superposición de imágenes, el ascenso, hacia la puerta del «Galaxy Tower», de una larga hilera de hombres con uniformes o «monos» azules plastificados y casco blanco, provisto de audífonos especiales, y de pilas eléctricas generadoras de energía, para cualquier contingencia en que tuvieran que valerse por sí mismos.

Los telespectadores de todo el mundo pudieron contar hasta cincuenta hombres camino del interior de la orgullosa torre metálica de color plata. Era la tripulación que manejaría los complejos mecanismos de la nave cuando flotara en el espacio, bajo el mando de McDugan y Farrow.

Ingre Hanzer continuaba con su voz firme y educada:

—Ahora, amigos míos, ellos y yo solamente tenemos un común deseo, que imagino compartido por todos ustedes: ¡que triunfen! Que triunfen, a pesar de que nadie ha creído en ellos. Que triunfen, llegando muy alto, y regresando a la Tierra con el éxito más grande de la Historia, como premio a su valor y decisión. Que demuestren que no necesitaron el apoyo de las organizaciones científicas y técnicas del mundo, sino solamente el de su fe y el de mi confianza en ellos, que han hecho posible el milagro. Mi fortuna está invertida casi por completo en esta empresa. Su prestigio de hombres de ciencia, también. Todos tenemos mucho que ganar... y todo a perder. Sólo deseo que no sea un fracaso el que llegue un día como fruto de esta siembra de ahora en los infinitos campos labrados del espacio... ¡Suerte, amigos... y que el ánimo y el recuerdo de cada ciudadano del mundo esté siempre con vosotros, que lo dejáis todo aquí en la Tierra!

Evidentemente, las palabras de Ingre Hanzer emocionaron al mundo entero. Luego la palabra de Cameron Wakell apenas si fue una simple música de fondo a la salida majestuosa de la plateada «Torre de la Galaxia» rumbo a los espacios infinitos. Muchas aeronaves partían de la Tierra en aquellos tiempos. Pero ninguna llevó jamás tan ambiciosos y fantásticos propósitos. Jamás, desde que se conquistó Marte, y posteriormente Venus, en las postrimerías del siglo XX, el hombre emprendió nada igual.

Hanzer, el magnate de los aerocohetes, acertó sin duda en algo: el aliento, la mente de cada ser humano, estaban concentrados ahora en la orgullosa «Galaxy Tower» que en medio del estallido ingente de sus turborreactores nucleares, partía como una flecha argentina hacia los cielos...

¡Por primera vez en la historia de la humanidad... rumbo a las estrellas!

Las cámaras de la televisión siguieron durante unos segundos el vuelo de la orgullosa águila sin alas, de la rauda saeta de metal plateado que se sumergía en el azul, dejando tras de sí una blanca y roja estela de humo y fuego.

Luego el programa espacial televisado desde Campo Rojo, en Arizona, a todos los puntos habitados del Universo se fundió en las palabras de ritual: «La retransmisión ha terminado. Cameron Wakell, su amigo, les dice: ¡Hasta pronto!».

Muchas pantallas de televisión se oscurecieron en ese mismo momento. Lo que pudiera venir luego ya no interesaba.

* * *

—Vuelo normal. Hemos abandonado la atmósfera terrestre. Pronto saldremos de su zona de atracción —informó el profesor McDugan, volviéndose a su colega.

Selwyn Farrow asintió lentamente. Ya advertía él eso mismo a través del gran visor lateral de la «Galaxy Tower». Con una sonrisa confiada respondió, calmoso:

—Hemos cubierto la primera etapa de nuestro objetivo final, McDugan. Ojalá todo resulte tan bien.

—Resultará, no le quepa duda. Todas las medidas están tomadas, las posibilidades más remotas tenidas en cuenta y previstas... Profesor McDugan, alcanzaremos lo que nos proponemos.

McDugan afirmó. Tenía también una sonrisa de triunfo iluminando su cuadrada y energética faz. Conectó el intervisor. En su pequeña pantalla azul descubrió los mandos de la nave, sus distintas dependencias, en rápido desfile, a medida que oprimía diversas, teclas de conexión. Todos los tripulantes de «La Torre de la Galaxia» estaban en sus puestos y actuaban eficientemente.

Cerró el intervisor. Suspiró, retrepándose en el cómodo asiento de control, tapizado de esponjoso, blando y muelle tono rojo. Cambió una mirada aguda con su colega, el profesor Farrow.

—Mi querido Farrow, bien hemos engañado a Ingre Hanzer, nuestro mecenas. Él no se imagina siquiera lo que pretendemos... ni lo imaginará nunca. Ni siquiera cuando la gran empresa no sea sino un ridículo fracaso...

—Hemos engañado a todos —rio Farrow—. Incluso a la televisión, a ese Cameron Wakell y a sus millones de espectadores. Evidentemente, somos unos magníficos actores. Nunca hubiera creído que tanta gente a la vez se tragara una historia tan fantástica y absurda. ¡Un transmisor de moléculas a las estrellas! ¡Cielos, si casi parece un chiste!

Rio jovialmente, y McDugan coreó su risa de buena gana. Luego, algo más

serio, éste último interpuso:

—Bien, Farrow, ahora manos a la obra. Tenemos que llevar a cabo nuestro plan.

—¿Ya? —se sorprendió Farrow.

—En cuanto dejemos atrás la zona orbital de la Tierra recibiremos la visita del «Corsario». Es lo convenido. Y habrá llegado la hora de actuar... «profesor» Farrow.

—Siempre a sus órdenes, «profesor» McDugan —rio de buena gana el otro—. «La Torre de la Galaxia» espera solamente el momento de entrar en acción.

CAPÍTULO II

¿PIRATERÍA?



UKE GRANT se apartó del mapa celeste mural, con una profunda inspiración. Miró a Wilhem Kerr, delegado en Eurasia de la «Space Agency», y extendió los brazos, en un gesto elocuente.

—No sé lo que sucede, sinceramente. La S.I.P. carece de datos o de referencias para intervenir en el caso. Pero la verdad es que ya son siete los desaparecidos. Siete aeronaves comerciales, que se han evaporado como por arte de magia, sin dejar el menor rastro. Es realmente inaudito, señor.

—Siete naves... Y todas ellas con cargamentos valiosos. Sin embargo, las patrullas volantes anejas al Departamento de la «Spacial International Police», han registrado todas las regiones del espacio, han investigado a fondo la cuestión y no han encontrado presencia alguna sospechosa que denuncie la existencia de un delito. Se atribuye a fallos de los motores o del personal de a bordo, que han causado la pérdida de dichas naves. No cabe la hipótesis de la piratería, porque ninguna nave sospechosa fue hallada, ni existen razones para temer actividades delictivas en las altas zonas del espacio.

Wilhem Kerr concluyó su comentario con un desesperado encogimiento de hombros, y luego paseó por la amplia estancia del despacho central de la «Space Agency», organismo de la Federación Mundial de Comercio, encargado de los viajes, transportes y toda clase de transacciones comerciales dependientes de las líneas y comunicaciones del espacio.

Su agente, Duke Grant, un joven arrogante, de elevada estatura y rubios cabellos, hincó una pequeña banderita negra en un punto del espacio, entre la Tierra y Luna-Término, a menos de ciento veinte mil kilómetros de la Luna.

—Aquí debió desaparecer la astronave comercial «Gamma» con su cargamento de platino y minerales preciosos —informó—. Lo mismo puede estar ahora perdida para una eternidad, flotando en el vacío absoluto, lejos de la atracción de cualquier planeta, como escondida en un lugar secreto, adonde unos piratas del espacio la hayan conducido, apoderándose de sus riquezas y vendiéndolas en la Tierra nuevamente, sin que nadie pueda identificarlas. El platino y otros metales valiosos no tienen marca de propiedad.

—Y en todos los casos los materiales desaparecidos con su nave transporte fueron vendibles fácilmente, sólo con alterar su aspecto y presentación —

observó Wilhem Kerr—. Curioso, ¿no cree?

—Señor, hay algo más curioso todavía. Los siete vehículos desaparecidos han sido, desde luego, vehículos asegurados por nuestra propia sección de la *Space Agency Insurance, Co.* La compañía propietaria de las astronaves cobró el seguro por siniestro, desaparición accidental y pérdida de la carga transportada. Pero ¿ha observado usted que los siete vehículos... pertenecen a la misma empresa constructora?

Wilhem Kerr achicó sus duros ojos claros, fijándolos en su joven agente. Parecía tener auténtica fe en su colaborador. Le miró fijamente durante largo rato, antes de inquirir:

—¿Eso es cierto? Creí que correspondían a tres firmas distintas, Grant.

—Es lo que cree mucha gente. Y a primera vista lo que nuestra propia Organización ha creído... porque es lo que sin duda se pretendió que se creyera.

—Siga, Grant. Le escucho.

—Usted sabe, como todos, que las siete naves corresponden oficialmente de este modo a las tres firmas comerciales y de navegación espacial correspondientes: dos a la «Acme Interworlds», dos a la «General Skies Roads» y tres a la «Trevor Universal Company».

—Esos son, ciertamente, mis datos.

—Muy bien, señor. Ahora le daré yo otros datos que busqué por mi cuenta. Respondo de su autenticidad... aunque oficialmente tengan poco peso y valor. En especial, para mover a la SIP a una investigación que, por falta de pruebas auténticas, podría poner en situación algo violenta a los miembros de la «Spacial International Police». Comprendo su punto de vista y le disculpo. Precisamente tengo buena amistad con uno de sus más jóvenes y eficaces agentes. Claro que él está fuera, cumpliendo algún servicio, y no he tenido ocasión de verle. Pero estoy seguro de que cuando regrese me escuchará. Y quizás influya acerca de sus jefes para persuadirles de que aquí existe un «caso».

—Bien, dejemos ese aspecto para más adelante, Grant —se impacientó Wilhem Kerr—. Siga con lo que usted ha descubierto. ¿Por qué dijo que las siete naves son en realidad de un solo propietario?

—Por esto —Duke Grant paseó por la estancia semicircular. Sus zapatos de plástico producían un suave, apagado ruido sobre el pavimento espejeante, terso y bien cuidado. Se detuvo cerca del gran ventanal curvo, asomado a la urbe, y continuó—: Alex Trevor es el director-propietario de la «Trevor Universal Company». Una sociedad que empezó bien y no ha continuado tan bien. Dispone de una flotilla bastante numerosa de transportes espaciales. Pero llegamos a la «General Skies Roads», otra de las propietarias afectadas. El director-propietario es un tal Haggen. Pero, en realidad, el principal accionista es Elko Branner... el socio capitalista de Alex Trevor en la anterior compañía.

Wilhem dijo:

—Es significativo, Grant... pero no concluyente...

—Espere aún. Falta el tercer factor: la «Acme Interworlds», también perjudicada, y a sí mismo pagada por nuestra Sección de Seguros. La «Acme» es regentada por un consejo de accionistas... cuyo presidente permanece casi siempre en el anónimo. Pero extraoficialmente todo el mundo sabe quién es.

—¿Quién?

—Una mujer.

—¿Una mujer? —parpadeó Kerr, sorprendido.

—Se llama Irma King.

—¿Irma King? Sigo sin ver clara la relación.

—La verá cuando le diga que ella, en realidad «se llama» Irma King, aunque hoy en día utilice ese nombre de soltera para regir la «Acme». Actualmente es la esposa de Alex Trevor.

Wilhem Kerr sí entendió esta vez. Meneó afirmativamente la cabeza, reflexionando sobre la fantástica casualidad de que los tres afectados fuesen personas tan íntimamente relacionadas entre sí que alejaban casi en el acto toda posible teoría acerca de una simple coincidencia.

Solamente dijo unas palabras, mirando fijamente a su subordinado:

—Investigue, Grant. Investigue... La Agencia le encarga de esta investigación... oficialmente.

Y Grant se limitó a responder:

—Sí, señor. Investigaré... hasta poner en claro la razón de estos incidentes misteriosos... que ya han costado varios millones de «créditos» a nuestra Sociedad...

* * *

La pequeña «mono-car» de verde carrocería, conducida por Duke Grant, avanzó por los espacios con gran ligereza y agilidad de maniobra. Quedaba muy atrás la esfera azulada y brumosa de la Tierra. Estaba explorando el espacio exterior en busca de algún rastro de las naves desaparecidas.

Tras establecer contacto con varios de los satélites-estaciones situados en órbita, Grant había comprobado que nadie, absolutamente nadie en cuerpo artificial alguno, se percató de que a las naves desaparecidas les sucediera algo. Todos coincidían en afirmar que recibieron en algunos casos informes radiados desde la nave que luego había de desaparecer, notificándole su marcha hacia la Tierra.

Grant tenía ante sí un gráfico donde iba marcando la situación de cada vehículo, en su último contacto registrado. Lo seguía fielmente, y había interrogado ya a varios de los posibles testigos del paso de las naves

desaparecidas. Pero nadie en absoluto le había ayudado hasta entonces.

Empezaba a desesperar un poco de que en algún lugar estuviese la explicación del misterio. ¿Cómo acusar a nadie de piratería o de robo en el espacio si no existía la menor prueba de que ninguna de las naves hubiera sufrido el menor daño no accidental?

Duke Grant no se consideraba particularmente listo. Era sólo un astuto, experto investigador de la «Space Agency», dispuesto a poner en claro aquel desconcertante enigma de las naves desaparecidas en el cielo sin el menor rastro o huella que pudiera hacer sospechar su posible suerte y la identidad de sus atacantes... si es que los hubo.

Los factores sospechosos que expusiera a su jefe bastaron para promover esta investigación. Pero por sí solos nada representaban. Sin embargo, si lograba descubrir unas pruebas sólidas contra la Sociedad que se ungía principal perjudicada, y que acaso solamente era una ingeniosa, hábil estafadora, se sentiría satisfecho de su tarea.

Pero no cabía duda de que aún estaba muy lejos de tal meta. Si los piratas del espacio habían sido lo bastante hábiles para ocultar las naves sin dejar rastro, ¿iban a cometer el error de denunciarse a sí mismos en algún punto erróneo?

Duke Grant hubiera querido poder ponerse en contacto con Garik Allen. Garik era uno de los mejores agentes espaciales de la SIP, y aunque el organismo oficial de la Policía del Espacio había rechazado la investigación del caso, basándose en una falta total de datos convincentes para una intervención policial, donde ni siquiera el propietario de la empresa de aerotransporte había presentado denuncia oficial, Duke estaba seguro de que Garik hubiera hecho algo por su cuenta en favor de su amigo Grant. Pero como ya le dijera a Wilhem Kerr, Garik, el hombre de la SIP, estaba ausente ahora. No podía apelar a él. Tendría que resolverlo por sí solo. Si es que era capaz de ello.

Duke detuvo su «mono-car» espacial en el espaciódromo 6, último de los lugares a recorrer. Allí interrogó al personal de la cúpula de observación. Le dieron cuantos datos conocían. Pero no eran muchos. Tampoco le esclarecieron cosa alguna.

—Tal vez en «La Torre de la Galaxia» le aclaren algo más. Sus aparatos deben de ser más potentes para observar o detectar cualquier anomalía cercana.

—¿«La Torre de la Galaxia»? —Duke frunció el ceño, sorprendido.

—Sí, es una especie de supernave espacial, situada en el vacío, fuera de toda órbita, y controlada por sí misma por su tripulación, que investiga cosas relacionadas con la ciencia —le informó el empleado del espaciódromo 6—. También creo que van a llevar a cabo, o lo están llevando ya, un experimento sensacional.

—Oh, ahora creo recordar —asintió Duke Grant—. ¿Se hallan cerca de aquí?

—Al menos, son visibles desde aquí en ciertos momentos —el otro le señaló el visor de un potente telescopio—. Tal vez ahora lo sean. Mire a ver...

Duke Grant fue acompañado al visor. Se inclinó, oteando a través de él. Descubrió en el oscuro infinito la forma plateada, larga y centelleante de «La Torre de la Galaxia», majestuosamente erguida, como altiva dueña del espacio, en el negro salpicado de astros lejanos y centelleantes.

—Ya veo —asintió—. Está en el camino aproximado de la última nave desaparecida, la que llevaba una carga de platino y de diamantes marcianos, de tipo industrial. Creo que ellos podrían hablarme tal vez de cosas interesantes respecto a este caso.

—Yo opino lo mismo. ¿Por qué no va allí? A pesar de que el acceso oficial está vedado por hallarse en período de experimentaciones científicas, según creo, es posible que le reciban excepcionalmente...

Duke Grant abandonó el espaciódromo 6, y ya en pleno vuelo con su «mono-car» conectó la radio para avisar «La Torre de la Galaxia» y saber si su visita era aceptada.

Ignoraba la frecuencia y longitud de onda de la «Torre», pero una simple llamada a la Central del Espacio le dio ese dato. Sin embargo, cuantos intentos llevó a cabo Duke para ponerse en contacto con los de la «Galaxy Tower» fueron inútiles. Evidentemente, sus tripulantes tenían órdenes estrictas de no responder a las llamadas.

A pesar de ello, Grant solicitó varias veces que le autorizaran a aproximarse, o en caso contrario le respondiesen negativamente. El intento se repitió continuamente, con igual negativo resultado. Nadie pareció escucharle dentro de «La Torre de la Galaxia».

Se aproximó en su vuelo a la esbelta nave de plata. La rodeó, volando en círculo, tratando de advertir de sus intenciones a los ocupantes de la misma. Fue completamente inútil, porque nadie asomó en los grandes visores; las luces de alerta, avisando a cualquier otra nave que se abstuviese de solicitar admisión o vecindad siguieron encendidas, y en resumen Duke Grant no sacó nada en limpio de su exploración.

Viró, tras un encogimiento de hombros. Allá los científicos con sus secretos y sus ridículos misterios. Todos ellos eran iguales, se dijo, irritado. Ni siquiera era probable que hubiesen visto nada, aunque hubieran estado asomados a los grandes ventanales o visores que se abrían al negro espacio estelar.

Todo el viaje había sido un completo, absoluto fracaso. Sabía de los misteriosos sucesos tan poco como al iniciar su vuelo. Cuando lo comenzó no era particularmente optimista. Pero a pesar de todo su decepción era muy honda. Imaginaba que también lo sería la de Wilhem Kerr, su jefe, cuando

conociese los nulos resultados del intento.

El «mono-car» regresó a la Tierra.

* * *

Fay Grant se apartó del ventanal con una sonrisa.

—Él ya vuelve —informó—. Va a llevarse una gran sorpresa.

—Tal vez mi presencia sea una molestia para él, Fay. Podría saludarle y marcharme, sin necesidad de...

—¿Sin necesidad de quedarte a cenar? —ella denegó enérgicamente, con un movimiento de cabeza—. Ni lo pienses, Garik. Duke está deseando verte. Ha hablado muchas veces de ti.

—Oh, es diferente. Duke es un buen amigo. Sin embargo, supongo que vosotros solos no os complicaréis tanto la vida como teniéndome a mí de invitado.

—Tú nunca serás un invitado, Garik —sonrió ella—. Solamente uno más en la familia.

—Seguro. Tu hermano mayor —rió Garik Allen de buena gana.

—No seas tonto. Solamente eres tres o cuatro años mayor que yo. Y algunos menor que Duke. No te las des de hombre respetable. Por fin cenas con nosotros, ¿no es eso?

—¿Es que existe otra alternativa? —gimió Garik, con burlona resignación, haciendo un amplio ademán de conformidad.

—Claro que no. Por eso tienes que quedarte —hizo un alto. En aquel momento sonó el mecanismo de la puerta magnética con un zumbido suave—. Ahí está Duke.

Duke Grant entró en la estancia. Se detuvo de súbito, mirando con estupor a su hermana y al visitante. Luego lanzó una viva exclamación.

—¡Garik, Dios sea loado! ¡Eres la última persona a quién hubiera esperado ver aquí hoy!

Los dos amigos se estrecharon con calor las manos. Duke tiró a un lado su casco con escafandra plástica flexible y luego contempló, risueño, al visitante inesperado.

—¿Tanto te sorprende verme aquí? —rió Garik de buen humor.

—Mucho, Garik. Quizá más aún porque hoy he pensado en ti... y porque no era la primera vez que lo hacía en estos últimos días.

—¿De veras? ¿No será eso señal de que andas metido en algún apuro? Siempre te ayudé a sacar las castañas del fuego cuando éramos dos muchachos. Claro que tú me ayudaste luego en varios apuros serios. Y desde entonces no habíamos vuelto a necesitarnos el uno al otro. ¿Qué te ocurre ahora?

—Oh, ya te contaré. No quiero aguarle la fiesta antes de tiempo. Imagino que Fay habrá logrado convencerte para que te quedes con nosotros esta noche, ¿no es cierto?

—¿Lo dudas acaso? —Garik Allen soltó una carcajada—. Aquí me tienes, dispuesto a compartir vuestra cena. Por influencia de Fay todo, por supuesto.

—Lo imaginaba —suspiró Duke—. Entonces hablaremos. Ahora, vamos a tomar algo al salón. Así descansaré entretanto. Estoy algo fatigado.

—Vienes del espacio a lo que veo, ¿eh, Duke?

—Sí. He estado por ahí, en una excursión bastante ingrata. Que me ahorquen si me sirvió para algo, después de todo.

—Al menos habrá servido para abrirte la sed —rió Garik, pasando un brazo sobre sus hombros—. Y ahora podremos saciarla juntos. Porque a mí lo que me da sed es la inactividad. Tal vez a causa del aburrimiento.

—¿Inactividad? Creí que andabas por Oriente, mezclado con un tráfico de drogas y unos fumaderos hallados en un satélite artificial no hace mucho tiempo...

—Eso es cierto. Pero ya terminé el asunto satisfactoriamente. Ahora tengo unos días de absoluta paz. Una especie de compensación a mi servicio, que ha sido agotador.

—¿Unas vacaciones?

—No pueden llamarse así —rió Garik—. Solamente dispongo de tres o cuatro días. Pero es suficiente. Quiero divertirme ese tiempo... si antes no me muero de hastío. No estoy habituado a la falta de trabajo.

—En la S.I.P. se trabaja duro, ¿eh, Garik?

—Sí, mucho. Ahora he terminado uno de los casos más difíciles. El jefe del tráfico de drogas y montaje de fumaderos en el espacio, bajo la apariencia de simples satélites científicos, era un rico industrial persa, con una organización dura y capaz de todo. Los méritos no todos fueron míos, después de todo. Pero tuve que luchar mucho.

—Seguro, Garik —asintió Duke—. Tú eres siempre demasiado modesto.

—No es eso. Es que en realidad la S.I.P. es una hermandad, un grupo donde todos y cada uno hemos de poner el máximo. Sin la colaboración de otros camaradas, nada lograríamos. Fue preciso que dos de nuestros mejores hombres, dos jóvenes científicos de París, descubrieran la presencia de la droga y analizaran su naturaleza, hasta saber lo que era, cómo se elaboraba y de dónde podían proceder las semillas. Logrado eso, yo me cuidaba de lo demás. Y entonces, me reuní con Namura... Vosotros no conocéis a Namura. Quizá nunca le conozcáis —se volvió a Fay, que había entrado en la estancia, y les contemplaba con una sonrisa—. Pero es un gran tipo. Uno de esos hombres magníficos, de cuya presencia en la S.I.P. se siente uno orgulloso y satisfecho. Namura es experto en cuestiones, orientales. Poca gente lo sabe.

Pero yo lo hablo con vosotros, porque sé que puedo confiar plenamente. Entre Namura y yo desarticulamos la banda, y terminamos por encontrar y reducir a su siniestro jefe. La S.I.P. se apuntó un tanto más en su historial.

—En realidad, fuisteis vosotros los que os lo apunasteis —rectificó suavemente Fay.

—No, no. Nadie hace nada por sí solo. Es la S.I.P. la que cuenta. Por ella luchamos. Y por su enorme prestigio y fuerza, el crimen organizado no se adueña de los espacios siderales, que es terreno abonado a todo lo delictivo, cuando el delincuente sabe que su acción puede quedar impune.

Duke Grant suspiró, miró fijamente a su amigo y le espetó:

—Posiblemente tengas razón, Garik. Pero ¿qué dirías, si yo te asegurase que debe de existir una poderosa organización de piratas del espacio, que han destruido o secuestrado ya siete naves, apoderándose de sus valiosos cargamentos... y que ni la S.I.P. ni ninguna otra organización policial admite la existencia de tales delincuentes?

.

CAPÍTULO III

GARIK ECHA UNA MANO



IRATAS en el espacio... ¿Estás seguro, absolutamente seguro de eso, Duke?

Estaban terminando de cenar. Desde que hablara de eso Duke Grant por vez primera, antes de iniciar la cena, no se había vuelto a mencionar el asunto. Parecía que Garik lo hubiese olvidado, a juzgar por lo trivial de su charla.

Pero ahora, ante el café y el cigarrillo, Garik Allen reanudaba la conversación, como si no hubiera transcurrido más de una hora entre la primera pregunta y este comentario de ahora.

Duke dijo:

—Yo estoy seguro, Garik. Sé que tengo razón. Pero no puedo probarlo.

Garik asintió con la cabeza, muy despacio. Jugueteaba, cortando pequeños trocitos, con su cuchillo, del trozo de «pudding» cocinado por Fay Grant, que había sobrado en su plato.

—Entiendo. Es una corazonada, un presentimiento. Pero no tienes pruebas de que sea algo más, y en la S.I.P. no han querido ni oírte. ¿Es eso lo que ocurre?

—Sí, Garik. Eso es. Sin embargo, creo que es algo más que un simple presentimiento. Hay una base, un sólido fundamento. Me gustaría que oyeras la historia.

—Adelante. Te oiré gustoso, Duke... si tu hermana, no encuentra la charla demasiado aburrida.

—La mayor parte de los asuntos de la «Space Agency» donde trabaja Duke, resultan de una monotonía agobiante —reconoció Fay, con una amplia sonrisa en su rostro, menudo, delicado y gracioso, bajo los cabellos rojizos—. Pero en este caso existe la excepción. Es un misterio apasionante. Tal vez el día que se descubra la verdad, veamos que dista mucho de tener nada de apasionante. Pero hoy por hoy, parece serlo.

—Mi curiosidad sube muchos grados con tus palabras, Fay. Vamos allá, Duke. Cuéntame ese terrible enigma que tanto te preocupa. Pero antes te advertiré de algo: no te molestes conmigo si me muestro, escéptico, o no reacciono como tú esperas. No olvides que soy un profesional. Y como tal, los temas policíacos no me parecen nada fascinantes ni románticamente

misteriosos. Por regla general, se trata de una ecuación, más o menos ingeniosa, planteada por el criminal a su antagonista, el hombre de la Ley. Y todo depende del acierto que éste tenga al despejar la incógnita. Pero muchos casos que a sus protagonistas les parecieron realmente asombrosos y difíciles, resultaron ser luego pura imaginación o un malentendido.

—No me enfadaré si te parece una torpeza mía el llegar a preocuparme tanto —aceptó Duke Grant—. Hablo al amigo, pero también al agente de la «Spacial International Police». Espero el veredicto de ambos. Pero en especial, y dado el caso, tal vez me interese más el criterio del policía que el del camarada. ¿Entendido?

—Sí, Duke. Empieza, pues.

Duke Grant empezó, partiendo de su charla con Wilhem Kerr, en la oficina de la «Space Agency», y continuando con lo sucedido posteriormente, así como con todo aquello que él había llegado a descubrir, en relación con los siete vehículos desaparecidos en el espacio.

* * *

—... y después de eso, regresé a la Tierra. En realidad, ya no quedaba mucho más por hacer en el aire, ¿no crees?

Era el final del relato. Garik Allen había escuchado atentamente, sin apartar sus ojos de él, sin interrumpirle más que en dos o tres ocasiones, para poner más en claro alguna cuestión poco detallada.

También Fay, con los ojos clavados en su hermano o en Garik, asistió a la charla con expresión atenta, muy interesada en la historia y, evidentemente, también en la futura conclusión a que pudiera llegar Garik Allen, el hombre de la S.I.P.

Éste no respondió inmediatamente. Se inclinó sobre su taza, mediada de café, fumando lenta, pensativamente, mientras sus ojos entornados parecían hallarse mirando algo muy alejado de allí, a pesar de que contemplasen las piezas de la mesa.

Por fin, irguiéndose muy despacio, fijó su mirada en Duke Grant y manifestó sin emoción alguna en la voz:

—¿Nadie te respondió desde «La Torre de la Galaxia»?

—Nadie en absoluto. Ni siquiera sé si llegaron a oír mi emisión, Garik.

—Es evidente que si utilizó la debida frecuencia, debieron escucharle. Lo raro es que no respondieran.

—¿Crees que sucedió algo a bordo, para que ellos no dieran respuesta?

—No sé. Lo único positivo es que a pesar de todas tus pesquisas no has podido presentar una mínima prueba, un leve indicio de que realmente sucediera lo que tú temes. Si hay piratería, no hay pruebas. Resultan unos piratas muy astutos, para no dejar rastro actualmente, en unas rutas que, como

las del cielo, no son ya precisamente lugares despoblados, sino zonas muy frecuentadas y vigiladas, incluso desde grandes distancias.

—Por tanto, sostienes la teoría de que estoy equivocado, ¿no? Mi corazonada, para Garik Allen, agente especial de la S.I.P., es un perfecto fiasco. ¿Esa es tu conclusión?

—Te precipitas —rio Garik, de buena gana—. Yo no he dicho eso todavía. Duke dijo:

—Pero vas a decirlo de un momento a otro.

—Tal vez te lleves una sorpresa. Pero, ciertamente, siete naves del espacio desaparecidas en un breve margen de tiempo, que resultan estar «todas» aseguradas, y que resultan ser, en casi idéntica proporción, de tres sociedades relacionadas tan singularmente entre sí, son como para hacer tambalear las convicciones escépticas de cualquiera. Incluso de un policía de la S.I.P., como yo.

—¿Entonces...?

—Entonces, amigo Duke, vamos a hacer algo ahora. Tú y yo juntos, si Fay no se opone.

—¿Qué es ello, Garik?

—Vamos a ir tú y yo juntos... a «La Torre de la Galaxia» —dijo inesperadamente el agente de la S.I.P.

* * *

—Ésa es «La Torre de la Galaxia».

Garik asintió. Recordaba haber visto en Persia una retransmisión televisada, con la forma plateada de aquella formidable torre, flotando en el espacio. De eso hacía ya unas semanas. Comentó, entre dientes:

—Tal vez de entonces acá los ocupantes de esa nave han tenido ya tiempo de trasladarse a otros sistemas planetarios y otras galaxias. ¿No fue lanzada al espacio esa «torre» con semejante intención?

—Sí, eso creo.

—Tal vez por eso no te respondieron. A lo mejor sus tripulantes están a miles de años-luz de nosotros. Aunque me gustaría saber cómo funciona ese sistema de traslado a larga distancia, sin receptor y con mayor rapidez que la propia luz. Suena a increíble.

—¿No sería increíble igualmente, para los seres de unos pocos años atrás simplemente, oír hablar de planetas, de viajes por el espacio y de aeronaves como las que hoy circulan? —opinó Duke Grant.

—Evidentemente. Pero era algo realizable, algo que el ser humano era capaz de alcanzar, en un terreno puramente material. Eso otro no lo veo claro —contempló la orgullosa, formidable torre metálica, de color plata—. La

verdad es que soy desconfiado por naturaleza. Pero cuando dos científicos notables lo afirmaron, y un célebre constructor de aeronaves les creyó, es señal de que tenían razón ellos.

—¿A quiénes te refieres?

—A McDugan y Farrow. Son los que llevaron a cabo ese proyecto de «La Torre de la Galaxia». ¿Lo olvidaste acaso?

—Oh, no le concedí importancia entonces. Había olvidado sus nombres.

—Yo nunca olvido un nombre, si está asociado en algo que se relaciona conmigo. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Te escucho —dijo Duke, observando que su amigo situaba la nave biplaza que tripulaba, cada vez más cerca de la «Galaxy Tower».

Garik, sin dejar de manipular los mandos de su pequeño vehículo espacial, situó éste por encima de «La Torre de la Galaxia», que continuaba silenciosa, muda, con sus luces de aviso y prevención a todo vehículo espacial, pero sin la menor huella de presencia humana dentro de su caparazón cilíndrica de color plata.

Luego, el agente de la S.I.P. habló lentamente, con la vista fija en el visor frontal:

—Cuando vi la emisión televisada en que se anunció el vuelo de la «Galaxy Tower» al espacio, hablaron McDugan y Farrow ante las cámaras. Escuché a ambos, y con los dos tuve la misma sorprendente impresión, mientras contemplaba la pantalla televisora: eran como dos actores representando un papel en escena, Dos hombres que no parecían sentir lo que decían, pero que fingían decirlo con una perfecta naturalidad, que sólo tenía de malo... ser eso «demasiado perfecta» para ser real.

Duke dijo:

—Creo entenderte, Garik. Pero ¿adónde vas a parar?

—A esto: ¿era «real» la intención de aquellos hombres al dirigirse al espacio... o existía otra razón oculta? Es lo que me quedé con ganas de saber. Y es lo que tal vez ahora podamos descubrir, investigando sobre el propio terreno. En marcha, Duke. Y precaución.

Grant asintió. Garik Allen se aproximó más y más a la nave espacial. Tal vez fue un oculto sistema de radar el que puso en funcionamiento algún resorte magnético, que hizo a su vez funcionar un rótulo luminiscente, de fácil visibilidad en el negro espacio extraterrestre. Pudieron leer sus signos, en la lengua cifrada internacional, aplicada a científicos, técnicos y autoridades:

«¡NO APROXIMARSE! NAVE SIN DERECHO DE ATENCIÓN»

El llamado «derecho de atención» había sido aprobado recientemente en el Congreso Interplanetario de Berna. Allí, un Tribunal Internacional de

Jurisdicción extraterrestre, aceptó la obligación que toda nave de capacidad apropiada tenía para admitir sobre sí la presencia de una inferior en volumen y peso, siempre que su misión específica fuese en el terreno científico, técnico, militar o legal, le autorizase a denegar tal derecho. Cosa que, llegado el caso, debía advertirse claramente a toda posible nave en arribo, con un luminiscente bien visible, en lenguaje internacional.

Sin embargo, Garik no pareció impresionado por el aviso de la nave del espacio. Situó la suya a tal distancia de la «Galaxy Tower» y su formidable volumen, que matemáticamente, y según le avisaron sus controles de a bordo, no era atraída por ella hasta el punto de provocar un choque, ni podía en modo alguno desprenderse ya, porque la distancia entre ambas era capaz de impedir toda separación, por razones puramente gravitatorias.

Fijó el piloto automático, avisando con suavidad a Grant:

—Ve a por los trajes espaciales y la aeroescala. Vamos a descender sobre el fuselaje de la nave.

—Está prohibido, Garik, y tú lo sabes. No tienen «derecho de atención». Incluso pueden tomarnos por agresores, si así les parece, y repelernos con la violencia.

—No creo que lo hagan, si antes enviamos este mensaje —comprobó en un cuadro luminoso la frecuencia y longitud de onda radial de la «Galaxy Tower», y envió un mensaje consistente solamente en tres siglas repetidas varias veces: «S.I.P., S.I.P., S.I.P., S.I.P...». Luego, se retrepó, con un suspiro y una sonrisa burlona—. Ya está, Duke. Si han captado eso, y si alguien está a bordo, por fuerza tuvo que captarlo, ya que su radio recibiría el mensaje, no se atreverán a cargar con violencia contra un agente de la S.I.P.

—Dios te oiga, Garik. Sí nos desintegrasen, dudo que pudiéramos llegar a tener la menor oportunidad de presentar reclamación —gruñó Duke Grant burlonamente.

—Eso es cierto. Pero no debes de ser pesimista. Vamos ya.

Se aplicaron los trajes y escafandras de hermético plástico, dotadas de depósitos de aire comprimido, y de auriculares y emisores de sonidos, antes de soltar la aeroescala, o flotante escalera de plastmetal, provista de superláseres, capaces de depositar, pese a la fluidez del vacío, los extremos de la escala sobre el plateado metal de la estructura de «La Torre de la Galaxia».

Una vez logrado su objeto, descendieron rápidamente, apoyándose en sus zapatos-ventosa, y por fin pisaron el fuselaje de plastiuminium de la «Galaxy Tower», ingente y hermética en la negrura salpicada de astros.

—Bien. ¿Y ahora qué? —le llegó a Garik la voz de su amigo Grant, a través de sus auriculares, en directa comunicación con los de Duke.

—Ahora, a intentar meterse dentro de este gigante —respondió Garik Allen serenamente—. Y no me preguntes cómo, porque no tengo la menor idea. Ya lo descubriremos.

Duke sonrió. Y, lo mismo que su camarada, se dedicó a buscar la forma de meterse en el interior del vehículo del, espacio. Por fin, la encontraron. Aunque desde el interior de la nave —en cuya superficie se adherían los zapatos-ventosa, impidiendo que salieran ambos hombres flotando libremente por el espacio— no llegaba la menor señal de vida humana, los dos amigos recorrieron su cilindro; hasta dar con una puerta que, aunque herméticamente cerrada, como todas las demás, era en realidad una salida de emergencia y, como tal, mucho más ligera y accesible que las otras.

Garik Allen extrajo, con su diestra enguantada, un pequeño tubo metálico del bolsillo hermético de su traje espacial. El tubo llevaba en su parte posterior un reducido depósito ovalado. Cuando Garik presionó en un botón situado en éste, el tubo despidió un chorro de gas verdoso, sibilante, que hirió los cierres neumáticos de la puerta de emergencia y la cerradura electrónica, desconectando su sistema.

Dejó de vomitar gas verde corrosivo, y cambió una mirada con Duke. Ya tenían el paso libre. Bastó mover la hoja, para que se deslizase, dejándoles paso a un compartimiento estanco, donde se abría una segunda puerta que comunicaba con el interior de la nave propiamente dicho.

Se movieron por el rectángulo de muros metálicos. Garik ajustó lo mejor que pudo la puerta del compartimiento, a sus espaldas, y avanzó hacia la otra. Duke, a su lado, esperaba el resultado de aquella excursión audaz, sin autorización oficial alguna, al interior de un vehículo espacial puramente científico, en el que podían tener un grave problema de índole legal, si sus tripulantes así lo querían.

Pero tampoco sucedió nada. Esta vez, como era de suponer, la puerta segunda cedió fácilmente. Ambos entraron en el mismo centro de «La Torre de la Galaxia». Se movieron ahora por un pasillo interior metálico, de forma cilíndrica, con numerosos recovecos y giros, dentro del enorme, gigantesco cilindro de la «Galaxy Tower».

—Esto parece un laberinto —comentó Duke—. ¿Para qué querrán tanta nave estos hombres?

—Es mucha extensión, desde luego —aceptó Garik—. No la habitual en los vehículos de índole científica...

De repente, Garik se detuvo frente a una gran puerta circular, en cuyo metal ondulado se leía: «Almacenes. Material científico. Prohibido el acceso».

Garik cambió una mirada con Duke Grant. Luego, sin vacilar mucho, aplicó el tubo metálico a la puerta. Un nuevo chorro de gas verde... y la puerta se abrió fácilmente, tras derretirse con gruesos goterones de metal líquido, candente, su cerradura y detector electrónico.

—A ver lo que hay dentro —dijo simplemente Garik—. Esta nave tan silenciosa y desierta, no me gusta nada...

Duke fue el primero en aventurarse. Garik le siguió.

Apenas si tuvieron que dar unos pasos para encontrarse ante la pasarela o antepecho de una galería asomada a un profundo almacén en forma de pozo, que era sin duda la parte inferior del gran cilindro total de la nave del espacio.

Duke Grant se asomó, contemplando lo que había allá abajo. Reculó, asombrado, con una exclamación de estupor.

—¡Eh, Garik! —masculló—. ¡Parece increíble, por todos los diablos!

—¿Qué sucede? —demandó Allen, con una sonrisa.

—Ahí abajo... está la explicación de todo, Garik... —le contestó, excitado—. ¡Es lo que buscábamos! ¡Hemos encontrado la solución al enigma!

Garik sonreía cuando se inclinó, contemplando a su vez lo que contenía el almacén inferior de «La Torre de la Galaxia». Se volvió a Grant, e inquirió:

—¿Son éstos, Duke?

—Sí, Garik, éstos son todos. Los siete están ahí... «Ésos son los siete vehículos del espacio que han desaparecido durante estos días...».

—Lo imaginaba —suspiró Garik—. Nunca me gusta dar un paso en falso. Estaba seguro de que si realmente existía misterio en todo lo sucedido, la clave de ello estaba en «La Torre de la Galaxia». Aquí tenían que estar, si es que estaban en alguna parte...

Duke Grant, sin responder, contemplaba como fascinado las siete formas esbeltas y ligeras de las naves del espacio ocultas en el vientre de aquella nave científica.

La búsqueda había terminado. Y, con ella, el misterio.

¿O tal vez no?.

CAPÍTULO IV

LA TRIPULACIÓN FANTASMA



UKE GRANT, apoyado de espaldas en el muro metálico de la «Galaxy Tower», miró fija, largamente, a su amigo y compañero Garik. Luego, indagó en un murmullo ronco:

—¿Pero... qué puede significar todo esto?

—Justamente lo que vemos, Duke. «La Torre de la Galaxia» era la nave pirata. Los vehículos robados fueron a parar a su interior. Es evidente que también sus riquezas y mercancías valiosas.

—¿Y sus ocupantes? En todos los casos hubo dos o tres hombres de tripulación...

—Prisioneros... o muertos —dijo con simplicidad Garik—. Esto puede ser simple piratería. Pero también asesinato en masa. Veremos lo que descubrimos, Duke.

—Cielos, ¿no estaremos nosotros mismos en peligro? ¿Y si la gente de a bordo descubre...?

—Si hay gente a bordo, tiene que hacer mucho tiempo que nos ha descubierto —observó Garik gravemente—. Aun así, al parecer, han juzgado conveniente dejarnos ver lo que contiene el almacén de esta nave. Por si acaso, será mejor adoptar precauciones. Si los ocupantes de esta nave son culpables, como yo creo, y hay alguien vivo a bordo, nuestra vida tal vez no valga un solo céntimo. ¿Llevas armas?

—Llevo una —asintió Duke, hurgando en su traje espacial. Y en la mano enguantada esgrimió una reducida pistola de proyectiles térmicos—. ¿Bastará?

—Dios quiera que sí —Garik mismo tenía ahora un arma en su mano. Una formidable pistola de cargas eléctricas, capaces de paralizar a cualquiera sobre quien fuesen disparadas—. Sigamos, Duke. Hay que ver lo que queda a bordo... ¡sea lo que sea!

Grant asintió. Ambos avanzaron resueltamente, vigilando prudentemente en torno suyo. Por fin, arribaron a la escalerilla sobre la que un rótulo rojo, luminoso, indicaba claramente:

Subieron, por la angosta escalera metálica. Alcanzaron una puerta de resorte magnético, pero éste cedió solamente con aplicarle Garik un detector que señaló su graduación exacta, la cual, al equilibrarse con la del tubo del propio detector, dejó franqueado el paso.

Los controles de una nave como la «Galaxy Tower» habían de ser sumamente amplios y complejos. Constaban, habitualmente, de tres cámaras especialmente acondicionadas. Una de observación y conducción, otra de combustibles, rumbo y control técnico. Y una tercera, o cámara de mando, con los controles de supervisión, al alcance de la mano de sus capitanes o jefes de vuelo.

La primera que encontraron a su paso fue la primeramente citada. Allí había los aparatos de observación, otros para conducir la nave, y los indicadores de velocidad, reservas de energía, etc.

Ante esos controles y la serie de pantallas de televisión, había hasta un total de quince asientos.

Dado lo silencioso y pasivo de la nave, tanto Garik como Duke habían esperado hallar todo aquello desierto, sin rastro de tripulante alguno.

Ahora, descubrían la verdad. Una verdad más increíble, más fantástica e inaudita que si no hubieran encontrado a nadie a bordo de «La Torre de la Galaxia»

Porque sentados en su asiento, inmóviles ante los mandos y controles... «¡estaban todos los tripulantes, sin faltar uno solo!».

Pero todos ellos, aunque eran de carne y hueso, aparecían rígidos, petrificados, inertes... En sus asientos, igual que estatuas perfectamente modeladas, y con el exacto color de la realidad. Sin deformar, sin variar un ápice, sin nada, irreal en sus formas... salvo aquella inmovilidad absoluta.

ERAN ESTATUAS HUMANAS, SERES PETRIFICADOS EN SUS ASIENTOS... Como los fantásticos personajes de algún imposible cuento infantil...

Sin aliento, sin vibraciones, sin vida, alguna en sus rostros, estúpidamente quietos, ni en sus manos, crispadas sobre los tableros, ni en sus ojos, clavados vidriosamente en un punto indeterminado del vacío, ante sí...

Resultaba una escena espantosa.

—Dios mío... —jadeó Duke Grant—. ¿Será esto posible?

Garik Allen no respondió. Estaba demasiado asombrado para hacerlo. Contemplaba a aquellos fantasmas de carne y hueso, sin lograr entender nada. Convencido ahora de que había ido en pos de un enigma... y se encontraba otro, mucho más terrible y alucinante que ningún otro...

Más rostros inmóviles, más ojos sin expresión, clavados en el aire... Más cuerpos sobre sus asientos, o durmiendo en sus lechos de espuma, en espera de relevar a los compañeros de servicio.

Así había sorprendido la muerte a todos los ocupantes de «La Torre de la Galaxia». Ninguno de ellos tenía vida. Eran simples cadáveres rígidos, petrificados, como si una terrible corriente glacial les hubiera helado, dejándoles reducidos a estatuas frías, inmovibles, asombrosas...

Ya eran tres cámaras de control. Todas las de a bordo. Garik Allen y Duke Grant las habían recorrido paciente, silenciosamente. Clavando sus ojos estupefactos en cada nueva escena desolada, silenciosa, muerta...

—Son cincuenta seres sin vida... —musitó Garik, estremeciéndose—. Resulta horrible...

—¿Cómo pudo suceder? —demandó, con asombro, Grant.

Garik dijo:

—Nadie sabe eso. Una avería cualquiera que dañase el sistema calorífico de a bordo no causaría una tan rápida congelación. Los hombres hubieran tenido tiempo de luchar contra el frío; de correr, de saltar, de buscar refugio en los termos... Además, la temperatura es buena. Por tanto, no cabe admitir esa explicación, o una vez muertos todos, nunca hubiera vuelto a normalizarse el clima aquí dentro.

—¿Pero entonces...?

—Es un enigma —Garik se encogió de hombros, pensativo—. Éste es el auténtico y desolador enigma que se nos presenta ahora. Vinimos en busca de una razón que explicara la pérdida de siete navíos espaciales. Ya los encontramos. Pero ¿dónde? Dentro de una gran nave cargada de muertos, de seres helados, quietos en sus asientos y lechos, beatíficamente muertos, sin oponer resistencia a lo que parece...

—Eso carece de sentido, Garik, y tú lo sabes mejor que yo.

—Carece en apariencia de sentido. Pero evidentemente, en alguna parte, existe ese sentido, o esto jamás hubiera llegado a ocurrir. Hablo en pura lógica, Duke. Abandona la lógica, y jamás hallarás la razón real de cosa alguna.

—Pero ¿qué clase de muerte puede provocar la aniquilación de todos esos hombres, sin mediar ni siquiera la más leve reacción? Me recuerda un viejo cuento... «La bella durmiente del bosque»...

—A mí me hizo pensar enseguida en esa misma historia infantil —sonrió Garik Allen, con aire abstraído—. Pero aquí no hubo mano mágica alguna. Si acaso, una mano criminal.

—¿Criminal? ¿Qué clase de crimen?

—Eso quisiera saber... No he examinado atentamente a todos los hombres que yacen aquí dentro sin vida. Pero me ha parecido observar algo extraño.

—¿Qué es ello?

El agente dijo:

—Al parecer, están todos los tripulantes de la nave... excepto los profesores McDugan y Farrow. NO ESTÁN ENTRE LOS SERES PETRIFICADOS DE A BORDO.

* * *

Donald Callowan, con expresión pensativa, dejó de recorrer las cámaras de la «Torre». Se volvió a Duke Grant y a su agente Garik Allen, con una pregunta en sus labios:

—¿Y de los tripulantes de las siete naves no ha aparecido rastro alguno?

—En absoluto —denegó Garik—. Tal vez disgregaron sus cuerpos con algún ácido, si es que los eliminaron.

—¿Qué quiere decir con eso? —se interesó vivamente el jefe de la S.I.P., llegado especialmente a bordo de «La Torre de la Galaxia», para inspeccionar lo sucedido en la gran nave espacial.

—Nada especial, señor. Solamente, sigo la teoría de mi amigo Duke Grant —y le informó acerca de los propietarios de las diversas naves halladas. Concluyó luego—: Si realmente hubo fraude criminal, podría ser que los tripulantes estuviesen con vida, ocultos en alguna parte... igual que el cuantioso botín obtenido de las siete naves.

—Antes pensaba así, Garik —objetó Duke—. Pero ahora, a la luz de los últimos acontecimientos, creo que empiezo a variar de ideas. No es posible imaginar una trama tan amplia y complicada. Si entre el personal de esta nave existían los culpables de este delito de piratería, entonces los propietarios de los vehículos espaciales no pueden estar mezclados en el asunto.

—Sí, resulta muy difícil aceptar que tanta gente esté metida en un negocio tan grave y peligroso —aceptó, pensativo, el macizo y corpulento hombretón de sagaces ojos y expresión resuelta que era Donald Callowan, fundador y director de la organización policíaca más fuerte y sagaz de todo el Universo habitado por los hombres—. Aunque evidentemente, el proyecto fue gigantesco, y es posible que admita la colaboración de un equipo muy amplio... y muy bien organizado.

—Sobre todo, organizado —comentó entre dientes Garik, con sus ojos entornados, fijos en las figuras inmóviles, como un fantástico museo de figuras de cera, perdido en los cielos... pero donde la cera había sido suplida por carne humana, en una alucinante metamorfosis.

—Lo fundamental es esto: McDugan y Farrow, los creadores de esta idea y de su lanzamiento al espacio exterior, están ausentes —habló de nuevo

Callowan, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Respecto a ellos, no nos caben muchas dudas, después de todo...

—Es cierto —asintió Duke Grant—. De ser inocentes estarían aquí con los demás...

—¿Inocentes? —Garik se encogió de hombros—. Nunca sabremos a ciencia cierta si el personal petrificado aquí es realmente inocente de lo sucedido, y que la piratería la llevaron a cabo McDugan y Farrow por su cuenta... o si en realidad éstos precisaron de la colaboración de su personal técnico, para llevar a cabo el ambicioso proyecto delictivo. Lo único cierto es que en ambos casos, la muerte llegó a esta nave, aniquiló a todos... pero McDugan y Farrow la eludieron, desapareciendo sin dejar rastro.

—¿Y si la tripulación les hubiese matado, desintegrándolos con algún ácido, y después alguna arma secreta de los sabios acabó con los rebeldes? —opinó Duke.

Donald Callowan sonrió, mirando al joven agente de la «Space Agency», amigo de su subordinado. Comentó con sencillez:

—Usted no es ningún tonto, señor Grant. Hace un momento, su teoría pasó también por mi mente. Pero la he desechado, por un simple detalle que, de haberlo advertido usted, también le hubiera servido para considerar como muy improbable tal versión.

—¿Qué detalle, señor? —se interesó Grant.

Donald explicó:

—He revisado en la cámara neumática superior, la existencia de aerocohetes-salvavidas, para casos de emergencia. Están todos... excepto uno. Y esos aerocohetes son biplazas. Falta un vehículo... y faltan dos hombres. La versión es clara.

—Meridiana —aceptó Garik, con un suspiro—. Se fueron. Creo que ahora todo se va a reducir a una cosa: buscar a McDugan y Farrow. Acusados de piratería y asesinato colectivo.

—Aún no sabemos si «esto» ha sido realmente asesinato —comentó Duke, señalando las formas petrificadas y sin vida que les rodeaban, en fantasmales grupos silentes.

—No, pero vamos a saberlo enseguida —dijo Callowan con firmeza—. Garik, ocúpese de que el doctor Pat Sullivan reciba dos o tres cuerpos, para su examen detallado. Si él no descubre la naturaleza y razón de esta muerte, nadie será capaz de descubrirlo.

Eso parecía zanjar la cuestión. Y la zanjaba por el momento.

Pero sólo por el momento.

Pat Sullivan, jefe de los Servicios Médicos de la Central, y única persona con la suficiente autoridad para tratar como camarada a su amigo y colaborador, Donald Callowan, permaneció erguido, silencioso frente a éste. Callowan le miró fijamente, esperando sus informes.

—¿Y bien? —inquirió por fin—. ¿Recibiste esos cuerpos, Pat?

—Sí, Donald, los recibí —asintió el doctor Sullivan, una auténtica eminencia en biología, antropología, bioquímica y otras ramas relacionadas con su labor científica—. Y los analicé.

—Muy bien. Supongo que imaginarás que no te he llamado para jugar una partida de póquer o tomar un «brandy». Aunque si quieres esto último podemos hacerlo en cuanto terminemos nuestro servicio.

—Está bien —aceptó, con lánguida sonrisa, el notable científico e investigador de la «Spacial International Police»—. Recuérdame más tarde y aceptaré tu invitación. Sé lo que quieres saber. Y por eso he venido rápidamente, a pesar de que los resultados de los análisis son solamente parciales, sin conclusiones definitivas.

—Pero tú puedes darme una solución definitiva, ¿no es eso?

—Digamos, para ser más exactos, que «casi» definitiva —sonrió Sullivan—. Es todo demasiado complejo para arriesgarse en veredictos tajantes, sin un sólido fundamento en que apoyarse, a fin de cuentas...

—Muy bien. Déjate de rodeos, Pat. ¿Qué hay de esos hombres petrificados a bordo de una nave del espacio?

—Asesinato colectivo, Donald.

—¿Seguro?

—Seguro.

Donald Callowan suspiró, hundiendo la barbilla entre los hombros. No parecía un hombre demasiado feliz en aquel momento.

—Me lo temía —confesó, con desaliento—. Una matanza sin sangre. Elegante y precisa.

—Y científica, Donald. Muy científica. Es evidente que la mano de McDugan y de Farrow medió en eso. Tal vez ellos mismos aplicaron esa muerte a sus subordinados.

—¿Qué clase de muerte, en conclusión?

—Quienquiera que la aplicó, utilizó una especie de congelación asesina. Una forma rápida, velocísima, de helarse el corazón, las arterias, el cerebro, con una paralización total e inmediata, como es lógico, de todo el ser afectado.

—Muerte helada... Pero ¿cómo se provocó?

—Es uno de los factores a determinar. Sabemos que llegó hasta su ser inesperada, radicalmente. De tal modo que, como si la varita mágica de un

hada siniestra hubiera tocado de súbito a todos y cada uno de ellos, la congelación y parálisis completa fue tan veloz que no llegaron a moverse, ni a sobresaltarse siquiera. Una muerte dulce, ultrarrápida...

Donald preguntó:

—¿Algún rayo proyectado sobre ellos?

—Parece lo más factible. Una especie de foco frígido, de temperatura increíblemente baja. Pero en cambio, la atmósfera no se enfrió, los combustibles no sufrieron congelación, los indicadores no se inmovilizaron, ni las bolsas de agua de los equipos sufrieron baja alguna en su temperatura. Por tanto, no pudo ser un rayo vulgar, que todo lo congelase... sino algo que solamente afecta al cuerpo humano y paraliza todo el organismo, a base de un frío creado o provocado quizás electrónicamente, una vez dentro del cuerpo el rayo invisible e insensible.

—Es una posibilidad. ¿No había heridas en los hombres paralizados?

—En absoluto. Ni un leve pinchazo. Yo lo esperaba ya. Eso hubiera estado en desacuerdo con su aparente normalidad, en el momento de sobrevenir la parálisis mortífera.

—Infiernos de asunto —resopló Donald Callowan—. Y nosotros no habíamos querido escuchar a ese muchacho, Duke Grant... Echaré un buen rapapolvo a la Sección de Denuncias, por su poca visión de los auténticos problemas.

—No les culpes demasiado —sonrió Sullivan—. El escepticismo es una cosa innata en el policía. Y la teoría de ese joven era demasiado fantástica en principio, para aceptarla sin la menor prueba.

—Pero lo fantástico resultó cierto. Y mucho más fantástico de lo que se podía prever.

—También eso suele suceder, Donald —Sullivan le tendió la mano—. Bien, amigo, nos veremos para tomar juntos ese «brandy»... si es que aún tienes ánimos para ello.

—¿Ánimos? Ni pizca, Pat. Precisamente por eso necesito más que nunca la copa de «brandy». Vamos ahora mismo.

Irritadamente, la maciza mano de Callowan aplastó el cigarro puro que estaba fumando, en el cristal de un cenicero. Luego, se encaminó a la salida de su despacho, tomando por el brazo a Pat Sullivan.

Éste comprendió ahora perfectamente que los nervios del jefe de la S.I.P. estaban en tensión. Solamente en momentos así era capaz Callowan de sacrificar uno de sus hermosos habanos.

Los dos hombres abandonaron la estancia, en busca de una copa de «brandy», que a ambos les iría muy bien.

CAPÍTULO V

ENIGMAS POR DOQUIER



LLEN se volvió al abrirse la puerta de la cámara de investigación.

El primero en salir fue André Levigneux. Detrás suyo, con mayor calma, despojándose de sus guantes refractarios, iba Charles Dubon.

Eran los dos mejores expertos mundiales en técnica electrónica. Garik Allen había volado a París para reunirse con ellos, y ahora se encontraba en el Instituto de Estudios y Técnica Electrónica de la «Spacial International Police» en la capital francesa.

Solamente intervenían en aquellos casos en que su rara y difícil especialidad tuviera una aplicación definida, concreta, necesaria a los servicios de la S.I.P. Y quizá nunca como en este caso, la «Spacial International Police» precisara del talento de sus dos jóvenes y rubios «Chispas», como eran jovialmente conocidos entre el personal de la S.I.P. los dos «ases» de la electrónica.

—¿Ya lo habéis examinado todo? —preguntó Garik Allen.

—Por completo —asintió Levigneux, pensativo, con un leve surco entre sus cejas fruncidas—. Era un aparato complejo. Pero ya está descubierta su utilidad.

—¿Era realmente la de proyectar moléculas descompuestas hacia un punto luminoso, previamente elegido, donde se reagruparían, para formar de nuevo el cuerpo, en un viaje ultrarrápido a través del espacio?

—¡Qué tontería! —rio Charles Dubon, cerrando la puerta de la cámara tras de sí—. ¿Eso fue lo que dijeron McDugan y Farrow?

—Justamente eso.

—La gente ha de ser necia para creer tal majadería.

—Pues la creyeron. ¿Es posible en realidad un sistema electrónico capaz de lograr eso?

—No hay nada imposible, Allen —opinó Levigneux—. Incluso es probable que pronto se consiga «proyectar» un cuerpo humano a determinada distancia. Pero siempre a ciertas distancias, y con un receptor que materializase de nuevo la forma física en su punto de llegada.

—Eso me pareció a mí. ¿Cómo pudieron engañar a millones de seres con

su historia?

—McDugan y Farrow son realmente dos científicos, y bastante astutos, por añadidura —explicó Dubon—. Les resultó difícil dorar la píldora, pero lo lograron. Una inmensa mayoría desconoce la electrónica, y está siempre dispuesta a creer milagros científicos. En nuestra era actual todo parece factible, y eso hace perder un poco el sentido de la proporción. Por otro lado, los que debían de ser convencidos con mayor dificultad, los expertos, se limitaron a esperar, sin negar ni afirmar nada. Esa pasividad favoreció los planes de los dos rufianes. Y utilizaron su aparato electrónico, en su auténtica utilidad real.

—¿Qué era...?

—La de emitir unas ondas magnéticas que, formando cerco en torno a la supuesta «Torre de la Galaxia», inmovilizaban los motores o reactores de las naves espaciales, dejándolas virtualmente inermes en su poder. Entonces, un sistema de absorción, parecido al de un gigantesco extractor de aire, hacía entrar a la nave cautiva por una compuerta especial de la «Torre». Y allí dentro quedaba depositada, con su carga valiosa, fácilmente capturada por los piratas. Ésa era la auténtica, simple utilidad del misterioso, fantástico mecanismo de McDugan y Farrow, capaz, según ellos, de transportarles a las más lejanas galaxias. Nadie se preguntó jamás, si eso sucedía, cómo iban a poder regresar, sin aparato alguno a su alcance.

—Es cierto —rio Garik—. Las gentes, a veces, somos un poco estúpidas.

—¿A veces? —Dubon se encogió de hombros, sarcástico—. Creo que siempre...

—Te daré un informe técnico muy detallado, para que el «viejo» lo lea —informó Levigneux, más serio—. Pero a ti te bastará con lo dicho. Nada de prodigios interestelares. Nada de «Torres de la Galaxia» ni otras tonterías. Un buen truco, para encubrir una labor sistemática de piratería, que en cifras redondas habrá proporcionado a ese par de bribones más de dos mil millones de «créditos»... ¿No era ese el valor de las mercancías aseguradas?

—Sí —suspiró Garik Allen—. Dos mil millones... que ahora están en alguna parte ignorada, junto con esos dos bribones. Me gustaría saber dónde...

—¿Y a quién no? —rio Dubon—. Supongo que vais a trabajar duro desde ahora en adelante. Pero eso es cosa vuestra. Nosotros hemos terminado la tarea, después de todo...

—Por suerte para vosotros, sí... —Garik se puso en pie, moviéndose hacia la salida—. De todos modos, muchas gracias, amigos. Creo que vuestra gran sabiduría en electrónica nos será muy útil, a fin de cuentas. No todo se resuelve persiguiendo criminales por las calles o por los espacios. También desde un laboratorio o un gabinete de electrónica puede uno ser un eficaz agente de la ley y el orden, muchachos.

—Gracias por tus elogios, Garik —Levigneux le estrechó la mano al

hablar, lo mismo que su inseparable Dubon—. Tienes a los «Chispas» siempre a tu disposición, muchacho.

Garik Allen asintió. Les dedicó una sonrisa de despedida. Luego salió.

Cuando pisó las calles de París, bajo el tibio sol otoñal, no sonreía. Una expresión de profunda preocupación ensombrecía su rostro.

* * *

—Ya lo has logrado, Duke. Demostraste estar en lo cierto. Ahora, el caso pertenece a la S.I.P. ¿Por qué no dejas de investigar?

—No puedo, Fay, compréndelo. Debo ayudar a los hombres de la S.I.P. Además, la «Space Agency» ha soltado millones, en relación con este caso. Los seguros pagados ascienden a cantidades fabulosas. Han aparecido las naves, pero no la mercancía. Mercancía fácil de vender en cualquier mercado, sin que nadie la pueda identificar. El platino, las piedras preciosas, las drogas destinadas a medicamentos, y que pueden venderse como narcóticos, absolutamente nada de lo robado posee detalles especiales que los distinga en ningún caso. Incluso las gemas eran sin tallar, y un tallista experto puede transformarlas en lo que quiera, sin que persona alguna las reconozca jamás.

Fay preguntó:

—¿Tus jefes te han encargado que sigas la investigación?

—Sí. Naturalmente, actuando la S.I.P., mi labor ha de ser extraoficial. Pero el propio Garik y Callowan aprueban mi tarea. Dicen que tengo derecho a trabajar por cuenta de mi empresa. Y más habiéndoles yo prestado la principal ayuda para encontrar el delito. Ahora, todo se reduce a encontrar a los delincuentes.

—¿Y crees que vas a encontrarlos?

—No me cabe duda. He interrogado ya a varios personajes. Entre ellos, Ingre Hanzer, financiero de la construcción y lanzamiento de la «Galaxy Tower». Él fue otro de los engañados por la astucia de McDugan y Farrow. Su historia engañó a muchos, y entre ellos ninguno tan perjudicado como Hanzer, que con el gasto de una fortuna en esa nave espacial, confiando en el éxito del viaje a las estrellas prometido por los dos farsantes, casi se ha arruinado. Le costará mucho recobrar del duro golpe sufrido en sus intereses. También he interrogado a Alex Trevor.

—¿Trevor? ¿El director-propietario de la «Trevor Universal Company»?

—El mismo.

—Ten cuidado con él, hermano. Es mal enemigo. Despiadado y peligroso con sus adversarios, económicos o sociales.

—Lo sé. Pero Trevor no me asusta. Hablé con él, además, como simple agente de la «Space Agency», para tratar del dinero a descontar de los seguros, ya que recupera sus naves. Con igual pretexto visité a Elko Brunner,

socio capitalista de Trevor en la «Trevor Universal Co.», y director por su cuenta de la «General Skies Roads», una sociedad de navegación espacial comercial, que regenta en apariencia un tal Curt Haggen, un hombre de paja de Brunner.

—No me gusta todo eso, Duke —comentó Fay Grant, con una leve sacudida de su roja melena—. Huele a podrido en alguna parte.

—Sí, es lo que yo pienso. Creo que en alguna parte McDugan y Farrow se relacionan de algún modo con uno de esos personajes. Puede ser con Trevor, con su socio Elko Brunner, con Curt Haggen, cabeza visible en el segundo negocio... o con la mujer que regenta en secreto el Consejo de Administración de la «Acme Interworlds», tercera de las sociedades beneficiadas por el seguro.

—¿Irma Trevor?

—Eso es. Irma King, oficialmente, ya que utiliza su nombre de soltera. Pero es la esposa de Trevor. Muy hermosa. Y creo que tan dura y despiadada como su marido, en cualquier terreno.

—¿También la has visto a ella?

—No lo he logrado. Hoy lo intentaré de nuevo, Fay. Ella se niega en absoluto a dar la cara. A lo más que he logrado, es a que me recibiera el Consejo administrativo. Un puñado de fantoches que no saben adoptar una decisión, sin su jefe presente. Y, cosa curiosa, en la reunión... había una silla vacía. La que presidía la mesa. Ellos dijeron que era simbólica. Pero no me trago ese cuento, Fay.

—Tampoco sacarás nada, empeñándote en luchar con fuerzas tan superiores a ti, Duke.

—Ya lo veremos. No son tan superiores como ellos se creen. Si hubieras visto sus caras cuando les avisé que si el Tribunal Internacional acepta el caso como un probado delito de piratería, ellos no percibirían nada, siéndoles retirado el importe del seguro, ya que no lo tienen a todo riesgo, sino solamente contra accidentes o robo en tierra firme... Se quedaron realmente asustados.

—¿Y eso es cierto?

—Sí. Todos pueden quedarse sin un céntimo, si se prueba el delito de piratería, ya que no está incluido en las cláusulas de contrato del seguro. Eso hará salir a Irma Trevor a la superficie, por mucho que desee esconderse. Y también puede obligar a Trevor a ser menos orgulloso y dueño de sí...

—Es posible. En cuyo caso, ¿no será mayor el peligro sobre ti? —aventuró Fay, inquieta.

—No lo creo. Ya verás cómo, no tardando mucho, sucede algo que les saca de su pasividad, si realmente existe algo oscuro en el fondo de todo esto, Fay.

—Mientras lo que surja no sea todavía peor que lo que se esconde... —suspiró su hermana, preocupada.

Duke Grant la palmeó suave, cariñosamente, en la mejilla. Y sonrió, alentador.

—No temas. Con la S.I.P. en acción, no se atreverán a hacer nada que les reporte peligro...

En ese momento, sonó el zumbador del televisófono situado sobre la mesa. Grant miró a Fay, con los nervios tensos. Se encaminó al receptor, y descolgó el auricular. La pequeña pantalla se iluminó. Una figura sinuosa de mujer, y una faz inquietante, bajo la melena de un negro azulado, se dibujó en el fluorescente rectangular. Grant la vio mirar fijamente al receptor, donde su propia imagen aparecía ahora, muy bien definida a través de la distancia.

—¿Quién es usted? —pidió con voz grave el joven.

—Irma Trevor —dijo la otra fríamente, sin variar su expresión—. Creo que quería verme... y hablarme.

—Es cierto. Sólo que no esperaba que fuese tan pronto, señora... —Grant sonrió—. La escucho.

Ella se movió ligeramente, cambiando de postura. Poseía unas caderas redondeadas, sugestivas, un busto violento y agresivo, y unos ojos verdes, casi fosforescentes. En cierto modo, quizá también a causa de su ceñido traje negro, brillante, parecía un gato o una pantera en acecho.

—Soy yo quien le escucha a usted, señor Grant. Uno de mis consejeros me ha dado su número de televisófono. He llamado para saber lo que desea. Yo no tengo nada que decirle. Solamente escuchar.

—Preferiría hablar personalmente, no a través de la distancia.

—Es como si estuviéramos el uno frente al otro. Nos vemos y oímos. Le escucho.

—Usted sabe bien lo que voy a decirle. Sus naves fueron robadas en el espacio por unos piratas. No tiene derecho a seguro alguno. La «Space Agency», apoyada por la «Spacial International Police», reclamará y obtendrá los millones del seguro abonados anteriormente, en cuanto el Tribunal Internacional dicte su resolución definitiva. Usted sabe la que será, como lo sabemos todos. La piratería no entraba en las cláusulas de contrato. Eso les deja prácticamente sin seguro. Aunque recuperan sus naves.

—Pero no su botín. Y era muy valioso, señor Grant. Usted lo sabe.

Duke dijo:

—No es culpa mía que no llegaran a prevenir la piratería en su contratación del seguro.

—Ya lo sé. Sin embargo, eso hundirá mi empresa. Y la de mi esposo. Él tampoco percibirá seguro...

—Eso es. Ni tampoco los señores Brunner y Haggen —remachó

burlonamente Duke Grant.

Ella se mordió los labios, con evidente ira. Estaba furiosa, y no encontraba el medio de resolver su problema. Habló lentamente, tras una pausa:

—Creo que será preferible que hablemos personalmente usted y yo.

—Ya se lo dije antes.

—Le espero en 21st. Century Avenue, número 3.472 Bloque R., Planta 173. Es una de mis oficinas en Nueva York. Le espero. Estaré sola. No falte.

—No faltaré. ¿A qué hora?

—Pongamos esta misma noche. A las nueve.

—A las nueve —asintió Duke—. Estaré allí.

Anotó la dirección que le dio. Luego colgó. De la pantalla, se difuminó la silueta inquietante y curvilínea de la bella dama. Al volverse, Duke se encontró con la mirada inquieta de su hermana.

—¿Vas a ir? —indagó Fay, alterada.

—Por supuesto. Es una cita que yo mismo he provocado. No puedo faltar.

—No me gusta nada, Duke. Esa mujer... Esa mujer no juega limpio. La temo.

—Yo no. Es hermosa y sin escrúpulos. Eso es todo, querida.

—Hará lo que sea, con tal de buscar en ti una complicidad criminal.

—¿Crees que no lo espero? Lo único que busco es darle cuerda, hasta que ella misma se ahorque. No me preocupan sus jugarretas y artimañas. Voy en pos de algo más importante que un simple fraude de seguro. Y tal vez ella, por obtener algo en este terreno, abandone la guardia en otro más trascendental...

—¿De modo que estás dispuesto a ir, a pesar de todos los peligros?

—A pesar de todos los peligros... —sonrió Duke. Y besando en el rostro a Fay, añadió—: Vamos, no temas, pequeña. No ocurrirá nada.

—Me gustaría estar tan segura como tú —suspiró ella—. Si al menos estuviera aquí Garik. Le informaría de lo que sucede, para que no te dejara meter en la boca del lobo tan ingenuamente...

—Pero Garik, tu admirado y guapo caballero *sir* Garik, está cabalgando en lejanos campos de batalla —se burló Duke, contemplando cómo el rubor subía al rostro de la muchacha—. Olvídate, porque está demasiado ocupado.

—¡Oh, Duke, a veces eres odioso! —se irritó Fay, echando a correr hacia la cocina.

Grant se quedó riendo de buena gana. Sabía que Fay rara vez enrojecía así. Y cuando una mujer enrojece, al citar a un hombre, es señal evidente de que oculta algo... O por lo menos, así lo pensaba Duke Grant.

«Después de todo —se dijo, con expresión risueña—. Fay es una muchacha soltera, y muy bonita... Y Garik un guapo mozo, muy inteligente y

encantador con las mujeres. Diablo, harían buena pareja los dos...».

CAPÍTULO VI

CRECE EL MISTERIO



LLEN contempló los planos y proyectos extendidos sobre la amplia mesa de la gran oficina. Luego, las manos que los sujetaban los estrujaron con ira. Sonó, sorda y violenta, la voz de Ingre Hanzer, el financiero:

—¡Malditos sean los dos rufianes! Bien me engañaron. Creí de buena fe su historia. Vea estos planos, estos detallados proyectos... Todo parece real. Incluso me hicieron una demostración, «proyectando» a distancia la figura de un ratón, luego la de un gato...

—Truco. Un buen truco de ilusionismo vulgar —sonrió el agente de la S.I.P.—. Ellos necesitaban un incauto para financiar su juego. Un juego costoso y difícil. Su «absorbente» de materia, capaz de atraer a las naves elegidas, sólo funcionaba en el vacío. Por eso necesitaban fletar la «Torre». Y poder alojar en ella los vehículos saqueados...

—Ya. Y el incauto fui yo.

—No se ofenda por ello. Pudo haber sido otro cualquiera. Después de todo, ellos debieron de estudiar su truco con mucha perfección. Así, las cosas salieron bien. McDugan y Farrow no eran unos vulgares granujas, sino científicos metidos a granujas, lo cual les hacía mucho más peligrosos y hábiles. A un farsante se le descubre enseguida su falsedad. A un auténtico sabio que elige el camino del delito cuesta mucho probarle que delinquiró.

—De modo que yo difícilmente recuperaré el dinero invertido... Más de ciento noventa millones de créditos costó fletar esa nave del espacio llamada «Torre de la Galaxia».

—La nave pasará a ser suya, como es legal. Pero me temo que del dinero no vea un solo centavo.

—¿Y de qué puede servirme a mí la nave? —gimió Ingre Hanzer, muy lejos de revelar la gran firmeza y seguridad, de aquel día, ya aparentemente tan lejano, en que apareciera ante las cámaras de televisión mundial para anunciar el futuro «gran éxito». Ahora todo eso se había resquebrajado para él definitivamente.

—No sé, señor Hanzer —dijo lentamente el joven agente de la S.I.P.—. No he venido a poner en claro esos detalles, porque en realidad nada entiendo de todo ello. Lamento lo que le ha ocurrido, y solamente quisiera pedirle que

me ayudase a dar con la pista de los dos que le engañaron. La «Spacial International Police» les busca.

—¡Dios mío, si yo pudiera ayudarle! —gruñó Ingre Hanzer, dando una patada de ira en el bruñido suelo—. Es lo único que deseo. Pero ¿cómo puedo hacerlo?

—Usted conoció a McDugan y a Farrow. Puede saber algo de ellos que nos dé una pista, que nos revele algo ignorado... Cuénteme lo que sepa, lo que recuerde... sea lo que sea. Aunque en apariencia no tenga el menor interés.

—Muy bien. Lo intentaré, aunque ignoro si podrá servirle de algo lo que yo evoque. McDugan y Farrow me mostraron primeramente sus planos, su maqueta, e incluso me mostraron la supuesta «traslación de materia desintegrada» en una cámara de vacío, situada en su taller experimental. Luego, convencido yo de todo aquello, como un perfecto tonto, les ayudé en todo. Montamos un gran taller-hangar en las afueras de la ciudad y se construyó la nave, con la ayuda de un buen equipo técnico. Luego se le dio la publicidad suficiente para que si resultaba bien el proyecto el mundo entero comprendiera su alcance. ¡Oh, Dios, cómo debieron reírse de mí esos dos canallas!

—Es inevitable que así ocurriera. Pero no se preocupe por eso. Mientras se construía la supuesta nave de las estrellas imagino que usted trabajaría junto a ellos. ¿Tenían algún lugar de reunión?

—Sí. Aparte del gran taller-hangar montado, disponíamos de unas oficinas en Rockaway Aeroroad. Ahora están desalquiladas ya.

—Bien. De todos modos investigaré allí —apuntó Garik las señas—. A veces, los que buscan ocultarse lo hacen en un lugar que ya conocen, y donde suponen que nadie va a ir a buscarles.

—¿Cree que McDugan y Farrow estarán en esas mismas oficinas ocultos?

—No, no lo creo. Es simplemente una posibilidad entre otras. ¿Puede darme la situación exacta de los talleres-hangar levantados para crear la «Galaxy Tower»?

—Sí. Están en New Jersey Skyline, Plano 3. ¿Es otra de sus posibilidades?

—Eso es. No se fíe demasiado. Es sólo una posibilidad, como le dije antes.

—A mi juicio, muy remota. No creo que ellos se atrevan a ocultarse en ninguno de esos lugares. Yo podría encontrarles. Y, sobre todo, lo que procurarán es mantenerse fuera de mi alcance. En algún lugar que yo no conozca.

—Sí, también es probable eso. Sin embargo, carezco de datos para conocer, ese hipotético lugar. ¡Un momento, señor Hanzer! —su exclamación surgió repentina—. Ahora pienso en algo...

—¿Qué es ello?

Allen dijo:

—Cuando usted les conoció... vivirían en alguna parte. No me refiero a los lugares donde trabajasen, sino allí donde tuvieran su alojamiento.

—No sé. Nunca les vi en su lugar de alojamiento. Siempre me citaron en su taller. Poseían allí laboratorio, dependencias para descansar, pero no hablaron de vivienda alguna fuera de aquel lugar. Bien pensado, es posible que la tuvieran.

—Sí, sin duda fue así. Pero nunca sabremos dónde vivían los dos, o cada uno de ellos, si es que habitaban por separado. De todos modos trataré de averiguarlo.

—Hágalo, Allen. Y si es así, y les localiza, venga a decírmelo —pidió Hanzer, oprimiendo el brazo del agente de la S.I.P. con expresión de furia en su rostro grave, enjuto, de ojos grises y astutos—. Me gustaría mucho verlos otra vez ante mí.

—También a la S.I.P. le gustaría. Y creo que son antes que usted. La ley es siempre primero que la venganza; recuérdelo, Hanzer...

* * *

Después de todo no había sido tan difícil como Ingre Hanzer y él pensaran. Ahora ya conocía la dirección: New Broadway, Block 73. Y allí, en una vivienda moderna, en su último piso, la vivienda de un hombre, hasta poco antes de conocer a Ingre Hanzer e iniciar la creación de la «Galaxy Torcer»: Harold McDugan.

Por lo menos, es la dirección que logró. Al parecer, Selwyn Farrow era un investigador más oscuro y menos considerado que su compañero McDugan. Ni siquiera recordaba nadie su domicilio. Con McDugan había sido diferente.

Paso a paso, Garik Allen descubrió que McDugan fue miembro de la «Associated Scientific Center». Y en ese Centro obtuvo su antigua dirección, que posteriormente fue cambiada, al iniciar los trabajos en «La Torre de la Galaxia». Pero eso ya no interesaba a Garik.

Así había llegado a New Broadway, Block 73. Allí llamó a la Residencia 189, y en ella fue atendido por una mujer de cabellos grises, gruesos lentes y expresión benigna, que le recibió solícitamente.

—Oh, sí, señor. Tengo varios apartamentos libres —dijo la mujer—. Puede usted pasar y verlos por si alguno le interesa.

—No, no es eso, señora —cortó Garik gravemente—. Busco a un amigo. Un viejo amigo que me citó en Nueva York hace algún tiempo. Creo que vive aquí: se llama Harold McDugan.

—¡Oh, McDugan! —la vieja sonrió—. El profesor McDugan... Sí, lo recuerdo muy bien. Era un hombre simpático y muy educado. Pero ya no vive aquí. Hace mucho tiempo. Prosperó de repente y eligió otros sitios donde vivir. Estos apartamentos son pulcros, pero modestos.

—Sí, entiendo. Ahora será difícil encontrarle.

—Supongo que sí. Ellos tenían un taller y laboratorio en las afueras de la ciudad. Pero también imagino que ya habrá sido cambiado por otro mejor desde que fletaron su nave del espacio. Vi el programa por televisión y me emocionó mucho ver y escuchar al profesor McDugan con el aire de un hombre realmente importante dirigiéndose a...

—Imagino lo que sintió —cortó a tiempo Garik con cierta impaciencia—. De todos modos, señora, me gustaría ver el viejo taller, y laboratorio de McDugan y su compañero Farrow. ¿Usted recuerda dónde está situado... o dónde estuvo, por lo menos?

La mujer dijo:

—Claro que lo recuerdo. Era un viejo caserón en Coney Island... Seguramente ahora estará destinado a otras cosas. No encontrará allí a nadie. Hace tiempo que ellos dos dejaron todo eso. Justamente cuando prosperaron, con la ayuda económica de su mecenas, el señor Hanzer. Estaba en Riverside Highwalk. Creo que era en el Bloque 327.

—Bloque 327... —meditó Garik—. Gracias, señora. Creo que será suficiente con eso.

—Allí ya no habrá nadie —suspiró la mujer —... Pero si encontrase alguna vez al profesor McDugan comuníqueme de mi parte que me acuerdo mucho de él. Es un hombre encantador, sinceramente...

—Se lo diré —sonrió Garik Allen—. Esté segura de ello, señora.

* * *

El Bloque 327 de Riverside Highwalk, en Coney Island, era una vieja manzana de edificaciones en desuso. La mayor parte de ella cobertizos, naves y *bungalows* abandonados por sus ocupantes a causa de una nueva urbanización de la zona.

Garik Allen lo encontró sin dificultades. Detuvo su turbo-móvil frente al indicador del Bloque correspondiente y saltó a tierra, dejando el vehículo en la cuneta de la ancha faja metalizada de la espléndida ruta. No vio a nadie en derredor. Allá al fondo, en una perpendicular a Riverside, llamada State Airway, se estaba levantando un nuevo superrascacielos de plástmetal y cemento plastificado, con vidrios centelleantes a lo largo de cada planta. Salvo los obreros de aquel lugar, el resto de la isla parecía totalmente desierto, como un lugar abandonado.

Allí uno de los cobertizos, todavía desocupado, ofrecía un rótulo medio borroso por la acción del tiempo: «EXPERIENCIAS CIENTÍFICAS. PROHIBIDA RIGUROSAMENTE LA ENTRADA». Eso ya no rezaba para nadie. Y menos aún para él.

Era un feo edificio alargado, de techumbre curva, en material plástico

negro. Un enorme portalón metálico estaba herméticamente cerrado. Había ventanas de vitroplast, cubiertas de polvo y de olvido.

Garik se pegó al muro gris. Tiró una pequeña esfera metálica, de carga explosiva, silenciosa, que estalló sin ruido, pero desgajando el metal de la gran puerta. Miró Garik a un lado y otro, comprobó que nadie le veía, y rápidamente cargó contra la hoja metálica dañada. Luego, cuando logró que ésta se arrugase, penetró en la edificación larga y silenciosa.

Se movió por entre sombras, manteniendo ante sí la mano diestra armada con una pistola automática, de proyectiles térmicos. Pegado siempre a la pared, fue ganando terreno, adelantando más y más, hacia el interior... No esperaba hallar nada allí. Pero tampoco se convencería de ello hasta no descubrir que realmente McDugan o Farrow no eligieron aquel lugar como refugio contra la ley. Por supuesto, sería el último en que a nadie se le ocurriría pensar. Quizá por eso él fue el primero en que pensó, una vez desechada la posibilidad de la vivienda visitada previamente.

Encontró Garik Allen una gran nave, destinada sin duda a taller de diversos usos. Más allá, otra nave con desvencijado material de laboratorio. Luego, un almacén de diversos materiales, casi vacío y con objetos ya pasados o deteriorados. En todas partes abundaba el polvo, se acumulaban telarañas y olía a humedad, abandono y soledad.

La zurda de Garik esgrimía una lámpara eléctrica de potente y delgado rayo de luz, que iba hiriendo los más ocultos rincones, sin encontrar nada sospechoso o inquietante.

Ya desesperaba de hallar cosa alguna de auténtico valor práctico cuando dio con los escalones que ascendían hacia una puerta metálica. Sobre la escalera un rótulo de letras fosforescentes, gastadas en casi todas sus partes, avisaba:

NO ENTREN. SÓLO PARA EL PERSONAL ESPECIALIZADO

Garik Allen era en aquel momento un personaje especializado. Al menos especializado en investigación policial. No admitió, pues, la prohibición y cargó contra aquella puerta. Estaba tan perfectamente cerrada y ajustada como la exterior. Hizo falta una nueva violencia, esta vez a base de una carga térmica que derribó el metal, formando gotas gruesas, hirvientes, al caer a tierra.

Destrozada así la cerradura, cargó contra la hoja metálica y la abrió de golpe. Lo que ocultaba no era más que un nuevo almacén, destinado sin duda a materiales más delicados que el anterior. Había abundantes alacenas, repisas y armarios. Pero también dos lechos situados en dos rincones inmediatos. Ambos presentaban aún ropas en desorden; en uno había una mesilla con un cenicero lleno de cigarrillos a medio consumir, y en el otro, sobre una silla metálica, seis botellas vacías de cerveza y dos vasos vacíos con restos de

espuma de cerveza.

Garik sabía ya que el profesor Selwyn Farrow gustaba mucho de la cerveza. Éste era un indicio. Unas botellas y vasos con mucho tiempo sobre sí no guardan espuma alguna. Y además tienen acumulada una respetable cantidad de polvo. Ni una cosa ni otra se daban en aquel caso.

De modo que todo aquello era «posterior» a la época heroica y difícil de los dos farsantes que se fingieron auténticos fenómenos de la ciencia, frente a un mundo ingenuo y crédulo en demasía.

La luz de Garik recorrió toda la gran sala desordenada y con olor a humedad. También olía a calor humano, a ese indefinible aroma fuerte y acre de la piel humana, en una estancia largo tiempo sin ventilar.

Fue la luz la que lo descubrió antes, fijándose en él. Luego; los ojos de Garik Allen, agente de la S.I.P.

Era un cuerpo humano, inerte y encogido sobre sí mismo. Tan falto de vida como los helados cuerpos de «La Torre de la Galaxia». Garik se inclinó sobre él! examinándolo con atención.

Tal vez hacía varias horas que estaba muerto. No muchas. Era ancho, macizo, de cabellos rubios, crespos, muy rizados. Los ojos azules miraban glacialmente a la nada con la terrible expresión vidriosa de la muerte.

Garik conocía al muerto. Había visto fotografías y esteréofichas de él anteriormente, aunque jamás le conociera en persona. No habían dudas acerca de su personalidad.

Era el profesor Harold McDugan.

Uno de los dos hombres a quienes perseguía había muerto. De nuevo se encontraba en un cruce de caminos con todas las pistas cerradas. Ni siquiera sabía ahora adónde ir..

CAPÍTULO VII

MÁS VÍCTIMAS



UKE GRANT aceptó el cigarrillo de manos de Irma Trevor. La inquietante y bella esposa de Alex Trevor no apartó de él sus ojos mientras tanto. Parecía estudiar cada gesto, cada detalle suyo con penetrante interés.

El ambiente en la estancia era grato. Más allá del ventanal se veía el centelleo de los astros sobre la ciudad blanca, hermosa y luminiscente. Allí

dentro, luz tamizada, ambiente perfumado por medio de ocultos pulverizadores de aire, y una música suave, extendida desde los ocultos amplificadores de los muros.

Parecía como si la hermosa Irma hubiese calculado cuidadosamente cada efecto favorable, cada detalle capaz de adormecer los sentidos y recelos de su visitante, siempre en favor suyo.

Sólo que Duke Grant se mantenía entero, firme, inexpresivo. Duro como una roca, frente a la hermosa anfitriona, cuyo negro traje, ceñido a su carne provocativa y opulenta, era ahora de un intenso verde, con el que su morena tez resaltaba más aún. Los ojos, de un color igual, brillaban inquietantes, en el centro de un óvalo enigmático.

—¿De modo qué no hay solución para nosotros? —inquirió de nuevo.

—No —negó Duke—. No hay solución. Cobraron el seguro, porque era un aparente caso accidental, pese a las sospechas de mi Agencia. Ahora, ya no son sólo sospechas. No hubo accidente, sino acción delictiva. Por tanto, se retienen sus fondos bancarios por valor de los seguros cobrados, en espera de la decisión legal internacional. No podemos hacer otra cosa.

—Muy bien —suspiró ella, hinchando su violento seno—. Supongamos que así suceden las cosas. Que Trevor y yo nos arruinamos por culpa de las leyes mal dictadas, ya que si un puñado de piratas nos roban, lo lógico sería vernos recompensados por el seguro. Pero dígame, ¿por qué su interés en darme esas malas noticias? ¿Y por qué precisamente a mí y no a mi marido?

Duke dijo:

—Usted sabe perfectamente que ya hablé con su marido anteriormente, notificándole esto. Y que también lo hice con Brunner y Haggen. Sus tres entidades fueron avisadas, no usted sola. ¿O ellos no se lo confiaron previamente?

—Ellos no me han visto hace unos días.

—¿Ni siquiera su esposo?

—Ni siquiera Alex, ciertamente. Tiene muchas ocupaciones. También yo. No podemos permitirnos el lujo de perder horas en acompañarnos mutuamente. Eso queda para los novios en luna de miel.

—Sí, claro. Usted es la persona sin nervios, sin corazón y sin sensibilidad. O al menos lo parece. Pero yo me pregunto: ¿lo es realmente, o en el fondo es la mejor y más leal cómplice de Alex Trevor, su marido?

—No sabe lo que dice. Yo no soy cómplice de nadie. Simplemente he montado mi propia empresa.

—¿Para hacer la competencia a su propio marido?

—No. No sería justo. Digamos, en realidad, para actuar coordinadamente con él —sonrió ella, dueña de sí.

—Ya veo. Y los piratas solamente la tomaron con ustedes, ¿eh? Los coordinados de Trevor tuvieron mala suerte. Pero de no haber encontrado yo

esas naves dentro de «La Torre de la Galaxia», ¿qué hubiera sucedido?

—No lo sé. No es cuenta mía, señor Grant.

—Pero era cuenta suya embolsarse muchos millones.

—¡Habíamos perdido todo! Y ahora, aún con todo perdido, excepto las naves, ¿qué sucede? Seguimos perdiéndolo todo... y sin seguro. ¿Eso es justo? ¿Es siquiera legal?

—Simplemente, no tuvieron suerte. Si es que todo sucedió sin saberlo ustedes.

Irma Trevor miró a Duke con ojos centelleantes, estrechos y duros. Habló gravemente:

—¿Cree que todo fue obra nuestra, verdad? Incluso debimos patrocinar la acción de McDugan y de Farrow para robar esas naves. Es lo que pretende decirnos ahora.

—Yo no lo he dicho.

—Pero lo piensa —se irguió glacialmente. Señaló la puerta—. Márchese, señor Grant. Su compañía me resulta particularmente molesta ahora. Con mayor motivo siendo un miembro de la «Space Agency». No me sorprendería nada que su propia compañía fuese la responsable de todo. De este modo nos arruinan y ellos ganan mucho dinero, una auténtica fortuna. Primero pagan y luego aparecen las pruebas para desviar sospechas de sí mismos. El señor Wilhem Kerr no es tonto. Ni de su cerebro ni del suyo resultaría demasiado sorprendente que salieran esa especie de complots, señor Grant.

—Eso resulta cómico. Nos acusa a nosotros, cuando sabe perfectamente que usted es la responsable de todo, lo mismo que su esposo —acusó Duke Grant—. En todo esto se oculta algo. No dudo de que fuesen McDugan y Farrow los directos responsables. Engañaron a Ingre Hanzer, eso es indudable. Fingieron una expedición científica, más falsa que el beso de judas. Pero seguramente había alguien tras de ellos dos. Alguien que, sin intervenir directamente en el caso, debió dar las órdenes oportunas para que todo fuese hecho tal y como se hizo. Adiós, señora Trevor. Pero dígle a su esposo que las cosas no van como él esperaba. Pronto van a caer todos, esté segura... No solamente yo, sino la «Spacial International Police» va en pos suyo. Ellos nunca fallan, recuérdelo. Y ahora, buenas noches. Es usted una joven muy valerosa. Pero no espere que ese valor la salve de la cámara electrónica el día que un tribunal la sentencie a la máxima pena por complicidad con los piratas y asesinos del espacio.

Se alejó hacia la puerta, volvióse aún un momento, cruzando la mirada con la de ella, más verde y felina que nunca, y por fin abandonó la vivienda.

Iba un poco furioso consigo mismo, decepcionado con un fracaso de su entrevista con Irma Trevor. Había esperado más resultado de aquello. Y, en resumidas cuentas, solamente comprobó que la hermosa morena ocultaba mucho más de lo que aseguraba saber, pero sin que nada de ese mucho que conocía llegase a trascender fuera de su satinada epidermis.

Cruzó la ruta aérea, hacia la parada de turbo-móviles del Bloque R. Planta, 173. Esa ruta de doble dirección formaba en una de los extremos una cerrada curva. Pero a aquellas horas el tráfico era muy escaso, y ningún vehículo venía de la dirección norte.

Por lo menos, eso es lo que pensaba Duke Grant cuando empezó a cruzar la calle hacia la parada de turbo-móviles.

Luego todo fue demasiado precipitado y violento para poderlo impedir. De la curva emergió un vehículo ancho y poderoso, que parecía haber estado aparcado tras el recodo, esperando aquel preciso momento.

Rugió, avanzando como un proyectil sobre el desconcertado Duke Grant, que no supo qué hacer durante un largo segundo. Luego tuvo una repentina intuición, un reflejo de autodefensa, que le hizo saltar contra el borde vallado de la vía aérea.

Cualquier vehículo hubiera pasado junto a él sin tocarle. Pero éste parecía llevar como única y exclusiva intención la de aplastar a Duke Grant. Avanzó sobre él con vertiginosa celeridad, se desvió de la ruta, al descubrir su posición... y se lanzó contra el joven implacablemente, allí donde él ni siquiera podía moverse o intentar algo para eludir el terrible acoso mortal.

Un grito agudo, desgarrador, acogió el encuentro. Un cuerpo humano, desgarrado por el impacto, pendió un instante de los retorcidos hierros de la valla, en la aerovía. Luego el atropellado saltó, en zambullida trágica, al vacío y se perdió, rebotando contra los edificios, hasta estrellarse en las amplias vías urbanas.

Detrás suyo brincó el propio coche asesino. Pero no sin que por una de sus portezuelas saltara ágilmente su conductor, desapareciendo con rapidez en la noche, mientras vehículo y cuerpo humano se abatían a muchos metros de profundidad, destrozados por el terrible siniestro...

* * *

—Lo siento mucho, Fay. De veras lo siento... ¿Quién iba a imaginar algo así?

Fay Grant, con su traje negro, asintió, dolorida, apoyándose en el muro de la iglesia. Separó los ojos llorosos del féretro donde reposaban los restos de Duke Grant, su querido hermano. Contempló al que había hablado.

Garik Allen estaba erguido junto a ella, asistiendo a los funerales por el hombre que perdiera la vida «en un desdichado accidente de tráfico». La expresión del joven agente de la «Spacial International Police» era tensa, taciturna y sombría. Sus ojos revelaban auténtico pesar.

Había perdido a un amigo. Pero, además, otra persona estimada sufría un grave daño: Fay Grant, que se había quedado sola. Su hermano era lo único que tenía en la vida. Ahora éste estaba muerto. ¿Qué sería de Fay, sola y pensando siempre en Duke, a quién adoraba?

—Gracias, Garik —dijo ella de pronto—. Te estoy muy agradecida por tus

bondades. Sin ti, no sé lo que hubiera sido de mí en estos momentos.

Garik se limitó a extender una mano y presionar con fuerza la de ella. Luego, esa presión se mantuvo. Ni Fay separó su mano fría y temblorosa, ni Garik atinó a soltarla.

Terminado el funeral, abandonaron el templo. Fuera, una turbo-nave les condujo hacia la vivienda de Fay. Wilhem Kerr, el jefe de Duke, también les acompañaba. Estaba hablando ahora, con expresión de profundo pesar:

—Duke fue uno de nuestros mejores, más inteligentes y más voluntariosos colaboradores. No puedo hacer nada por él, ni podría hacerlo ya. Ha ocurrido una gran desgracia y hemos de aceptar las cosas tal como son. Pero en medio del dolor actual, quiero que sepa que nada le faltará a usted. Mi empresa, la «Space Agency», se cuidará de usted y de su bienestar. Recibirá una pensión muy elevada. Duke merecía mucho más, pero desgraciadamente no está en nuestra mano dárselo y mucho menos compensarle a usted de su falta. Tenga conformidad, señorita Grant. Y piense que para cualquier cosa todos estamos a su lado. Hoy y siempre.

—Gracias, señor Kerr. Sé que es así, y se lo agradeceré toda mi vida. Pero pensar que Duke... que mi hermano Duke está... ¡Oh, Garik, es horrible!

Rompío en sollozos, ocultándose contra el pecho de Garik Allen. Éste la rodeó afectuosamente con un brazo y trató de consolarla en vano. El cuerpo de Fay se convulsionaba con su llanto desgarrado.

—Vamos, cálmate, pequeña —la alentó—. Ya nada puede hacerse por él. Conformidad, sobre todas las cosas, Kerr te lo ha dicho. No estás sola.

—Yo sé que estaré sola, Garik. Tú has de ir de un lado para otro... Cada cual tiene asignado su lugar en la vida, y no puede pasarse el tiempo al lado de otra persona para consolarla. Además, tal vez yo me quede sola... pero lo que me aterra es la soledad de Duke. Él tan fuerte, tan animoso, tan jovial siempre... y ahora yace ahí... para siempre...

Garik respiró hondo, meneando la cabeza. Luego declaró con voz grave:

—Sí, Fay. Las cosas son así. Ninguno podíamos imaginarlo. Iba a notificarle que había encontrado a Harold McDugan, para que conociera la marcha de las investigaciones cuando tú me contaste lo sucedido. Me dejaste realmente aturdido...

Fay le miró, entre acongojada y sorprendida. Balbució apenas, con una voz rota, trémula:

—¿Has dicho que... que apareció McDugan?

—Sí, Fay... pero muerto.

—¡Muerto! —los ojos de la bonita pelirroja se abrieron desmesuradamente.

—Sí. Alguien le mató para que fuesen menos a la hora del reparto. McDugan quedó fuera de cuenta. Unos vecinos vieron llegar a Selwyn Farrow poco antes. Es inconfundible. Pero no hemos logrado localizarle nosotros, ni

sabemos hacia dónde se fue. Lo único evidente es que él mató a su compañero McDugan.

—Dios mío. El caso, en vez de aclararse, se complica más cada vez...

—Sólo en cierto modo. Empiezo a tener una cierta idea de las cosas. Duke tal vez me hubiera sido ahora muy útil... — respiró con fuerza, inclinando la cabeza —. En fin, no hablemos de eso. Después de todo, cualquiera puede sufrir un accidente como el suyo.

—¿Accidente? —dijo con dureza ella—. No, Garik, no fue un accidente. Estoy segura de que a Duke... le asesinaron.

* * *

—¡Asesinado! No es posible, Fay...

Se hallaban ahora en la vivienda de los Grant. Fay, tendida en uno de los sofás de espuma y aire, meneó la cabeza, afirmativamente con obstinación.

—Sí, asesinado. Estoy bien segura de ello.

—Pero ¿por qué? ¿Y quién iba a hacerlo?

—Irma Trevor.

—¡Irma Trevor! —Garik frunció el ceño. Trató de recordar—. La esposa de Alex Trevor, ¿no es eso?

—Sí. Él fue a verla a las nueve de la noche. Sabía que algo malo le acechaba, tenía ese presentimiento. Se lo avisé. Pero él se rio de mí, y no me hizo caso. Acudió a una cita, que era como encontrarse con la Muerte.

—Escucha, Fay, y deja de preocuparte por cosas absurdas —dijo suavemente Allen—. La primera teoría de tu hermano era errónea en parte. Él tenía razón en algo: existía un delito de piratería espacial. Pero no están mezclados en él ni Trevor, ni su mujer, ni sus socios y asalariados. Ellos son ajenos a todo eso, y ahora sufren un perjuicio gravísimo con ello. Tal vez por algún medio que ignoramos, McDugan y Farrow tuvieron conocimiento de las cargas, horas y ruta de vuelo de las naves de Trevor y sus asociados. Pero nada más. Lo restante, era todo cosa de los dos rufianes. Y si había otro compinche no creo que tuviera nada que ver con esa gente.

—¿Entonces, por qué mataron a Duke?

—Es que nadie mató a Duke. Lo hizo un vehículo lanzado. Un accidente, Fay. No esfuerces tu imaginación más de lo debido.

—¿Un coche conducido por quién? —puntualizó ella.

—Bien, eso aún se ignora... Pronto tendremos datos de la Central de Tráfico, dándonos el nombre a que corresponde la matrícula. Respecto a su apariencia, era un turbo-car vulgar, color azul oscuro. El interior olía a ginebra. Había una botella derramada y un pañuelo también mojado de licor.

—Todos esos indicios son para dar a entender que el ocupante iba borracho. ¿Tú lo vas a creer? Es demasiado burdo, demasiado claro, Garik. Ignoraba esos detalles al decirte que estaba convencida de que le mataron. Ahora, lo estoy más que nunca. Todo está demasiado bien medido, demasiado

perfecto para ser real...

—Es que resulta absurdo, Fay. ¿Quién podía tener interés en matar a Duke, si él estaba muy lejos de la verdad?

—Es lo que tú piensas, Garik. Suponte que no fuera así. Que estuviese más cerca de la verdad de lo que tú imaginas. ¿Qué habría entonces?

—Un millar de complicados de las más diversas especies. Me parecen demasiados. A no ser...

—A no ser, ¿qué?

—Que Trevor y su mujer lleven esto desde la sombra, y McDugan y Farrow fuesen solamente una pareja de avispados secundarios, aunque parezcan llevar el papel protagonista. Ahora, tal vez sea el propio Trevor quien peligre. O su mujer, o el propio Farrow... Todo depende de quien antes dé el golpe, para ser menos a repartir. Los lobos se muerden siempre entre sí...

—¿De modo que me crees, Garik? ¿Vas a investigar lo que haya de cierto de mis sospechas, en la muerte de Duke?

—No te prometo nada aún. Yo, particularmente, no creo en tu teoría. Pero si dispongo de tiempo, investigaré esa posibilidad. A la S.I.P. no le gustaría que me dejara llevar por simples corazonadas de mujer. Lo haría extraoficialmente, Fay. Por ti... y por Duke. No me gustaría que eso fuera cierto y nadie pensase en vengarle. De haber alguien con ese derecho, soy yo.

—Oh, Garik, gracias. Intentaré ayudarte en lo que me pidas —musitó ella, fervorosa—. Tampoco quiero permanecer inactiva, si se trata de vengar a Duke. Te aseguro que, de tener en mis manos al asesino, sería capaz de matar fríamente.

—No digas eso, Fay. No es cosa tuya matar ni hacer justicia o cumplir una venganza. Deja esa labor en mis manos. Te repito que no creo en tu corazonada. Pero investigaré. Es posible que Irma Trevor u otro de los personajes en derredor suyo formen parte de este maldito rompecabezas. Si así fuese, no escaparán. Tienen demasiada sangre, demasiadas víctimas sobre su cabeza.

—Pero tú no podrás permanecer en la ciudad. La S.I.P. te reclamará, te enviará a otros lugares... Y tengo miedo, Garik. Mucho miedo. Sin Duke a mi lado, nadie puede protegerme, nadie puede cuidar de mí...

—Yo velaré por ti, Fay —impulsivamente, Garik se acercó a ella, inclinóse y rodeó sus hombros con el brazo. No descubrió el leve estremecimiento de la muchacha, al contacto de su mano—. Velaré cuanto me sea posible, no temas. En realidad, no tengo a nadie más. Soy un tipo solitario, como tú misma ahora. Espero que sepamos hacernos mutua compañía, en nuestra propia soledad.

—Yo también lo espero, Garik... pero siempre será poco tiempo. Por mucho que sea... para mí transcurrirá en unos segundos. Y luego, llegará la soledad. Terrible y sin fin.

—No seas pesimista —sonrió Garik Allen gravemente—. Esto se irá olvidando poco a poco. Aunque recordemos siempre a Duke, será un recuerdo

agridulce, que con el tiempo, perderá su tono angustioso de hoy, ya lo verás...

—Eso solamente podrá suceder el día que su asesino pague con la vida —afirmó con energía la joven.

—¿Insistes en tu convicción, Fay?

—Sí. Insistiré siempre en ella. Hay cosas que una las siente en la sangre, dentro de sí, sin conocer la razón. Es como si él mismo me lo avisara desde alguna parte, en la Eternidad... Sé que lo mataron. Lo mataron, porque estaba demasiado cerca de la verdadera solución...

Garik Allen no respondió. La seguridad de Fay Grant no podía por menos de impresionarle.

En realidad, Garik Allen empezaba a preguntarse a sí mismo, aunque no manifestaba sus dudas en voz alta:

«¿Será eso cierto? ¿Se tratará tan sólo de un accidente, desorbitado por una mujer a quién trastorna el histerismo de su doloroso trance... o realmente, alguien mató a Duke Grant?».

CAPÍTULO VIII

EL ASESINO SE ESCURRE



O, nadie mató a Duke Grant, puede estar seguro. Al menos, nadie en relación conmigo, señor Allen. No le temo a usted ni a la S.I.P. No oculto nada. Pero no me inspiran la menor simpatía, porque en realidad merezco un seguro que la propia ley pretende robarme descaradamente.

Tras ese párrafo virulento, dicho con tono duro, el atlético y bronceado individuo de ojos negros y cabellos color plata, cuidadosamente peinados, dio unas zancadas hasta su visitante y añadió, con una sequedad rasposa:

—Es todo lo que tengo que decir, señor Allen. Vaya con la historia a su pandilla de polizontes del aire, y lárguense todos al diablo de una maldita vez. Palabra de Alex Trevor que si vuelve alguno de ustedes por aquí, lo echaré a

patadas, sin la menor contemplación. ¿Me ha oído de una vez?

Garik Allen le había oído perfectamente. Le estaba mirando con una expresión diamantina en los ojos y los labios fuertemente apretados. Por fin, con una voz correosa, tan dura y hostil como la de su propio interlocutor, replicó:

—Escuche, señor Trevor. No digo lo que pienso de usted y de los seres que son como usted, por el mínimo respeto que le debo como hombre que viene a su propia casa y como policía. Pero sepa que todos esos polizontes, como usted dice, son hombres íntegros, honestos y capacitados, que luchan por defender los bienes ajenos, y arriesgan su vida por algo que no les pertenece, por algo que es, simplemente, de la sociedad que se han comprometido a defender por una simple paga. Sólo por eso son seres humanos, mil veces mejores que esos viles mercaderes que sólo se cuidan de sus fortunas, sin pensar en la cantidad de seres que mueren diariamente en la Tierra o en los espacios, a causa del delito organizado, contra el que grupos como el nuestro de la S.I.P. se enfrenta esforzada, valientemente... sin preocuparse de la cantidad de sapos y lagartijas que, en el cumplimiento de su misión, hayan de ir aplastando por el camino.

—Muy bello discurso —rio fría, agudamente, Alex Trevor, el magnate de los aerotransportes—. Seguramente en la fiesta anual de los Cuerpos de Policía resultará patético. Debería registrarlo. Estoy seguro de que muchos palurdos le mirarían embobados y hasta dirían que usted es inteligente.

—Me gustaría ser lo bastante inteligente como para poderle llevar conmigo y verle entrar un día en la cámara electrónica de ejecuciones —dijo con dureza Garik—. Aunque quizás ese final se destina a los criminales que tuvieron la suficiente inteligencia para desafiar a la ley con cierto éxito. Usted, ni eso tendría, Trevor.

—Me está ofendiendo, polizonte. Y ésta es mi casa.

—Usted ha ofendido primero a gentes que sólo se cuidan de averiguar la verdad, sin afán de perjudicar a nadie. No me importa quien caiga o quien se salve, si es la justicia la que resplandece al fin. Pero tenga en cuenta que si usted fuese inocente, y en mis manos estuviera librarle de una falsa acusación, no vacilaría en defenderle. A pesar de que, como hombre, me inspire usted repugnancia.

—Mire, polizonte. Soy lo bastante fuerte para no necesitar a nadie, si usted me molesta —replicó Trevor—. He llegado a ser campeón de lucha, atleta de primera fila y un sinfín de cosas más. Creo que eso fue por algo. Si quiere comprobar por qué, no dudaré en darle una exhibición completa. Aunque supongo que replicaría con una orden de arresto por atacar a un representante de la ley.

Garik le estudió con dura frialdad. Por fin, con una sombra de sonrisa en su prieta boca, manifestó:

—Puede hacerme esa exhibición. Tiene mi palabra de que no presentaré

denuncia contra usted aunque me rompa varios huesos. ¿Esa garantía le basta?

—No debería fiarme de la palabra de un tipo de inferior categoría social, pero creo que bien vale la pena incluso correr el riesgo de ser arrestado, si antes le sacudo un poco el polvo de sus espaldas, amigo. ¡Ésta es la primera exhibición, Allen!

Atacó por sorpresa. Y, desde luego, era todo lo atlético y buen luchador que él dijera antes. Trevor le cayó encima, con su formidable peso y la dureza de sus dos puños como mazos, que parecieron estallar en su propia mandíbula, lanzándole brutalmente atrás, hasta que golpeó con violencia contra un mueble metálico, y cayó de espaldas aparatosamente.

Riendo, Trevor saltó de nuevo sobre él, en una zambullida que poseía la elasticidad de una pantera y la fuerza de un león. Sólo que esta vez la exhibición le correspondió a él. Y tampoco era manco precisamente.

En la Escuela Espacial de la S.I.P., en Washington, el aprendizaje de los agentes, en lucha, jiu-jitsu, judo, artes de ataque y defensa, preparación atlética y demás aspectos de la forma física del individuo, era muy intenso y completo. Equiparaba a otros aspectos, como la enseñanza científica, la preparación mental, con la autoprotección contra posibles influencias telepáticas o aparatos «lectores de cerebros», contra sueros y drogas llamadas «de la verdad», y contra toda forma de indagar en el individuo contra su propia voluntad.

Por eso, Alex Trevor, que desconocía la especial formación de los hombres de la «Spacial International Police», se sorprendió con algo que no había esperado, y que dejó harto maltrecha la exhibición, nada más iniciada.

Cuando Trevor aterrizó sobre lo que él esperaba sería el cuerpo abatido de Garik, éste se hallaba ya irguiéndose, flexionando sus rodillas, sin caer en la inocente treta de disparar sus piernas hacia delante, acción que Trevor esperaba también, y hubiera neutralizado fácilmente, con una potente flexión de rodillas ante sí, a guisa de protección contra esa autodefensa harto conocida.

Garik Allen, en vez de ese manoseado recurso, utilizó otro mucho más astuto y poderoso: Con su rápida, flexión, se movió hacia atrás y a la vez describió una increíble, asombrosa vuelta en el aire, sobre su cabeza, saltando por encima, de Trevor, que ya tocaba el suelo, y que inmediatamente comenzaba a reincorporarse, con una interjección de decepcionada ira.

No pudo hacerlo... Ante su incredulidad, resultó ser Garik Allen quien se situó sobre sus espaldas, con el giro asombroso en el aire. Una llave aferró el cuello de Trevor. Él intentó, con sus recursos, soltarse de aquella férrea presión. Con otro enemigo, lo hubiera logrado.

De nuevo Garik recurrió a una llave diferente a la esperada, y utilizó en su favor todo el titánico esfuerzo de músculos y tendones del enemigo. Éste aulló, al sentir que, con su fuerza, puesta a contribución del intento, solamente lograba que Garik, adaptándose simultáneamente a su propia acción, le hiciese

saltar disparado por encima de él, piernas en alto, hasta aterrizar, con un escalofriante choque de espaldas, sobre el suelo duro y bruñido del despacho.

Garik se irguió, con un leve jadeo. Tomó aliento, sonrió, frotándose las manos con suavidad, y manifestó fríamente al caído:

—La exhibición ha sido gratuita. Y quizá le sirva de lección para otro momento, señor Trevor. Cómo ve, no pienso presentarle denuncia por agresión a la autoridad. Ni siquiera pienso machacarle su fea cara, como merecería.

Trevor, humillado, furioso, juró entre dientes, gimiendo al intentar moverse en el suelo, tras el tremendo impacto. Garik ni siquiera le había golpeado con sus puños durante la breve lucha. No le gustaba, actuando como agente de la S.I.P., golpear a nadie que no fuese culpable de algún delito, o pretendiera escapar a la ley...

—Otra cosa, Trevor, antes de irme —dijo con voz firme—. ¿Dónde puedo encontrar a su esposa ahora? Tengo interés en charlar con ella unos minutos...

—¡Váyase al diablo, maldito polizonte! —jadeó furioso el vencido magnate de los aerotransportes del espacio.

Garik se echó a reír y, con un encogimiento de hombros, se movió hacia la salida.

—Está bien —dijo—. No me ayude, si no lo desea. Otras cosas más difíciles he sabido encontrar yo solo, después de todo...

Cuando la puerta se cerró detrás de Garik Allen, agente de la S.I.P., Alex Trevor dio rienda suelta a su furia, a su humillado orgullo, con una sarta atroz de imprecaciones soeces, mientras sus puños golpeaban rabiosa, impotentemente, el suelo del despacho.

* * *

Su mano presionó otra vez el zumbador. Era la tercera vez, sin que nadie respondiera. Desde luego, no había sido difícil encontrar el paradero de Irma Trevor, en Nueva York.

Posiblemente no estaba en casa. O no quería admitir visitas, pensó Garik, con expresión ceñuda, contemplando la puerta metálica, gris, con las cifras doradas de su numeración y orden.

Ya iba a retirarse cuando percibió el tenue roce de unos pies tras la hoja de metal. Esperó, hasta que por un interfono disimulado en el muro, junto a la puerta, sonó una voz apagada:

—¿Quién es?

—Garik Allen.

—No sé quién es. ¿Garik Allen ha dicho? —repitió la voz, sorprendida.

—Sí. Usted es Irma Trevor, ¿no?

—Eso no le importa. Márchese. No le conozco, señor Allen.

—Pertenezco a la «Spacial International Police». ¿Abre ahora?

Una pausa. La mujer, tras la puerta, dudaba, sin la menor discusión. De repente, su voz sonó. Pretendía ser firme. Pero no lo conseguía del todo:

—Ponga su credencial ante la mirilla. Yo la veré desde aquí. Si no, no abro.

Garik suspiró, extrayendo una tarjeta de plástico, que situó en el lugar indicado. Comentó con una sonrisa, mientras aguardaba:

—Parece que tiene bastante miedo, ¿no, señora Trevor?

Ella no respondió. Hubo otro silencio. Luego, la puerta se abrió, con un suave zumbido. Apareció en el umbral una figura esplendorosa de mujer, envuelta en un «deshabillé» rojo. Las curvas de su cuerpo, bajo el tejido ligero, translúcido, se dibujaban nítidamente. Garik Allen lo lamentó por Alex Trevor. Pero juzgó que era demasiado sugestiva para aquel esposo.

—Entre —invitó ella—. No recibo visitas. Pero si es policía, puede pasar.

—Gracias —sonrió Garik suavemente—. Imaginaba que sería así. Usted es una dama encantadora, estaba plenamente seguro de ello.

—Déjese de cuentos y entre —bostezó ella, retrepándose en el quicio de la entrada, con lo que sus formas cobraron generoso realce—. Sabía que iba a venir. Pero ignoraba su nombre.

—Ya. ¿Su marido no lo citó?

—No fue mi marido —parecía irritada de llamarle así—. Había alguien más que supo que usted visitó a Alex. Y me avisó.

—Entiendo. Le dijeron que un tipo de la S.I.P. andaba tras de algo sucio, y había pensado en usted. ¿Fue Brunner, o tal vez Haggen?

—Eso no importa —sonrió ella, provocadora—. Lo realmente importante es que usted ha llegado. Y que yo le recibo. ¿Qué quiere saber? ¿La cantidad de veces que he deseado matar al estúpido que me tocó por marido?

—No alardee de lista, señora Trevor. Sé que trabaja en realidad para su marido, aunque finja odiarle mucho. Por eso regenta una empresa de navegación espacial, bajo un falso nombre que oculta la influencia de su esposo.

Ella, cerró la puerta y pasó junto a él, adelantándose, con aire vaporoso y grácil.

—Eso es mentira —manifestó fríamente —... Trabajo exclusivamente para mí. Lo único en común entre Alex y yo, es que nos casamos hace unos años. Ambos comprendimos que era un error, pero no podíamos rectificar. Solamente yendo cada cual por su lado. Y es lo que hicimos. No tenemos nada más entre ambos. Lo crea o no, me tiene perfectamente sin cuidado, señor Allen.

—Muy bien. Hablemos de otro modo, entonces: ¿usted hizo matar a Duke Grant... o fue cosa de su marido?

Ella palideció clara, visiblemente. Luego, miró con expresión dura, helada,

a su interlocutor.

—No sé de qué me habla —dijo—: Yo no maté a ese hombre. Ni creo que Alex lo hiciera. Sinceramente, señor policía, me defrauda usted. No parece nada inteligente.

—No pretendo serlo. Solamente quería saber si realmente tuvo usted parte en el asesinato.

—Creí que fue un accidente. El joven Grant estuvo charlando amistosamente conmigo. ¿Por qué había de querer matarle nadie?

—Yo me he preguntado por qué nadie pensó en matar a McDugan, o a los cincuenta tripulantes de «La Torre de la Galaxia», o a los que perdieron el vehículo en manos de un puñado de piratas del espacio. Y nadie me contestó todavía, señora Trevor. Pero esos hombres murieron, a fin de cuentas.

—Ustedes, los policías, parecen querernos cargar a nosotros con las culpas de todo, señor Allen. Pero no lo conseguirán. Ni Alex ni yo tomamos parte en nada de eso.

—Respecto a tal cuestión, tengo mis dudas, señora Trevor. Hay alguien que está mintiendo, y me gustaría saber quién es.

—¿Por qué no busca a Selwyn Farrow? Tenía entendido que él todavía se esconde...

—Sí, es una de nuestras presas, pero no la única, señora. Yo dudo que Selwyn Farrow se esconda por sí solo. Alguien está ayudándole, y me gustaría saber quién es. Ese alguien es probable que aún no haya visto un centavo de lo que robó Farrow como corsario en el espacio. Y a cambio de su parte en el botín, ayuda a Farrow. Pero éste puede matar, cuando se vea a salvo, sin necesidad de ayudas, para quedarse solo con su enorme fortuna robada. O, en otro caso, el que le ayuda puede alcanzar el dinero y entonces será Farrow quien muera.

—¡Qué trágico viene usted, señor de la S.I.P.! —se burló Irma—. No ve más que sangre por todas partes.

—No lo crea —exhibió los dientes, en una sonrisa áspera, poco amistosa—. Lo realmente serio puede venir después, y superar mis temores. Incluso usted podría correr peligro de muerte.

—¿Yo? —ella soltó una agria carcajada, hinchando su potente torso con agresividad.

—Sí, señora Trevor. Todo depende de lo que sepa... y de lo que esté dispuesta a hacer en un juego feo pero productivo, con miles de millones de créditos al final, como dorada meta de sus ambiciones.

—Cada vez me resulta usted más gracioso —se burló ella, aunque una luz inquieta brilló en sus ojos, y dirigió una fugaz y repentina mirada de temor hacia su espalda. Como si del muro, o de una de las puertas de su propio piso, pudiera emerger el peligro que el hombre de la S.I.P. estaba citando ahora.

—Sí, es lo malo de estas cosas —bostezó Garik, sombrío—. Los demás se

ríen... hasta que las cosas suceden. Y entonces, ya no tienen ocasión de reírse. Ni de nada.

La expresión de ella se endureció de súbito. Le estudió glacialmente y señaló la puerta.

—Váyase —invitó con escasa cordialidad—. Váyase, ¿me ha oído? No me gusta usted. No me gustan sus modales ni sus palabras. Fuera, policía. No tengo obligación de escucharle a la fuerza en mi propia casa.

—Muy bien. Ya me voy —se inclinó, con una sonrisa ácida—. Pero recuérdelo. Su vida peligra, y sería una pena perderla. Es usted bonita, joven... y puede aún disfrutar en este mundo, si se aleja de ciertas personas.

Abrió la puerta del apartamento para salir. Fríamente, la voz de ella le llegó, como una despedida hostil, pero en cierto modo tímida y de protesta:

—Yo estoy separada de mi marido, señor Allen —sonó su voz—. No me trato siquiera con él desde hace más de un año. ¿Eso le convence de que nada tengo que ver en sus sucios negocios?

Garik se detuvo un momento. Giró la cabeza, estudió a la mujer crispada y tensa que le hablaba desde el centro de la estancia, y meneó la cabeza afirmando:

—Sí, me doy cuenta... Me doy cuenta de que ahora es sincera. Pero no sé por qué, no lo es del todo... Gracias, señora Trevor... y perdone la molestia. Puede fumar el apartamento cuando salga. No acostumbro a ser muy maloliente, pero todo depende de cada uno...

Sonrió, cerrando tras de sí suavemente. Descendió, silbando entre dientes, hasta el punto de la avenida donde tenía parado su turbo-móvil. Antes de salir, tuvo buen cuidado de mirar a ambos lados. Pero no había vehículos. Y cuando cruzó hasta el aparcamiento, lo hizo a grandes zancadas, con todos sus sentidos alerta. No quería seguir el camino del infortunado Duke Grant.

Detrás de él, había dejado a una mujer realmente asustada. O lo pensaba al menos. Solamente había una cosa intrigante en ello: «¿Asustada de qué... o de quién?

Abrió la portezuela de su vehículo, se situó ante el volante del turbo-móvil y lo puso en marcha con una leve presión en el botón o resorte de las turbinas. En el acto percibió un extraño silbido amortiguado, dentro de la cámara del motor.

Su mente era muy rápida en los momentos de grave peligro. No supo lo que sucedía, pero al probar el resorte de apagado, para comprobar lo que podía ser aquello, descubrió que éste no funcionaba. Los motores seguían en marcha y el silbido continuaba, muy apagado. Cualquiera se hubiese puesto a manipular, en busca de la anomalía.

Él, no. Se apresuró a empujar con violencia la portezuela y saltar afuera como un tigre... Rodó por la calzada plastmetálica de la aerovía, lo más lejos posible de su vehículo. Incluso salvó el parapeto lateral, y se dejó colgar,

aferrado a los hierros, sobre el panorama de vértigo de la gran ciudad.

El estallido del turbo-móvil fue seco pero virulento. Se hizo añicos la carrocería, al estallar las turbinas, sometidas a una intensa presión interior, que creció a medida que los turborreactores luchaban por despedir los gases.

Reventó en medio de una llamarada, y los fragmentos del turbo-móvil saltaron por los aires, por encima de la cabeza del hombre suspendido en el vacío, por encima de la estructura de la urbe, pendiendo de la valla de una de las aerovías.

Varios vehículos se agruparon en torno al coche destrozado, acudiendo con rapidez al lugar del siniestro. En la distancia, el ulular de la sirena de la patrulla móvil de vigilancia urbana se aproximó por momentos, en tanto Garik Allen brincaba elásticamente por encima del parapeto, acudiendo a descubrir lo que quedaba de su vehículo. No era mucho ni en muy buen estado. De haber continuado dentro del turbo-móvil solamente cinco segundos más, ahora sus fragmentos estarían tan dispersos como los del destrozado automóvil.

Miró con expresión furiosa a la vivienda de Irma Trevor. De nuevo una persona que acudía allí era víctima de un atentado criminal. Había tenido razón Fay, después de todo. Su hermano no sufrió ningún accidente. Le asesinaron.

Pero él aún vivía. Y alguien iba a pagar por todo aquello, a muy alto precio.

Sin hacer caso a nadie, sin decir siquiera que él era el hombre que estuvo a punto de saltar en pedazos, dentro de un turbo-móvil, cuyo escape de gas había sido taponado, hasta provocar la combustión interior de los gases, inflamados y contenidos, se lanzó de nuevo hacia la vivienda de Irma Trevor. Subió la escalera automática a grandes zancadas, y llegó ante la puerta de su piso. No vaciló ni se entretuvo en llamadas inútiles.

En vez de eso, extrajo su pistola térmica y disparó sobre la cerradura. El proyectil candente, al herir el metal, lo derretió con rapidez. Cargó Garik en el acto, abriendo de un empujón la hoja metálica, y avanzó a paso de carga hacia el interior del apartamento.

Casi simultáneamente le llegó el grito de agonía.

Era una voz de mujer, no lejos de donde él estaba, al fondo mismo de la casa. Un grito terrible, de muerte. Garik, apretando la culata de su arma térmica, se movió con rapidez, pero precavidamente.

Detrás de una puerta entornada, al final del corredor, algo golpeó el suelo, haciendo oscilar la hoja entreabierta. Garik descubrió un mechón negro azulado, y una mano crispada, que luchaba por abrir aquella puerta. Alguien, entretanto, luchó por cerrarla. Y pudo más que la persona caída. La puerta se cerró con un chasquido.

Garik se apresuró. Llegó ante la puerta. Disparó de nuevo, sin la menor espera. Derretió la cerradura, y el agente de la S.I.P. cargó, sin aguardar

siquiera a que el metal se enfriase, penetrando en la estancia con violencia.

No había nadie. Nadie más que la hermosa Irma Trevor. Abatida en tierra, con su melena negro-azul extendida en el suelo bruñido, de plastium negro. Un negro salpicado de rojo, allí adonde llegaban las gotas de la sangre que escapaba por el tremendo corte que segaba el cuello de la bella señora Trevor, de lado a lado. Esta vez, el asesino no había empleado métodos científicos, sino brutales y primitivos. Pero eficaces.

La mano crispada de Irma estaba aún arañando el borde de la puerta, Así la sorprendió la muerte. Al fondo, había un ventanal-terraza abierto. Por él, entraban los ruidos del tráfico ciudadano, la luz del día...

El asesino, una vez más, se había escabullido tras de su crimen.

CAPÍTULO IX

BÚSQUEDA DESESPERADA



LLEN no se conformó con eso. Rápido, corrió hacia la galería o terraza posterior de la casa. Se asomó.

Era un balcón amplio, cuajado de plantas artificiales, asomándose a mucha altura sobre el nivel de la calle, frente al entretejido aéreo de las pistas urbanas elevadas, por entre los verticales edificios de la gran ciudad.

No descubrió a nadie. Al menos, en principio. Luego, advirtió la presencia del hombre cojo.

De no ser por la leve cojera, por su rígida pierna zurda, no le hubiera visto siquiera. O no lo hubiera relacionado con el asesinato de Irma Trevor. Estaba allá abajo, en la autopista aérea, caminando apaciblemente hacia un aero-bar cercano.

Garik descubrió no sólo la cojera, sino las gafas oscuras, el cabello abundante, ondulado y gomoso...

¡Era Selwyn Farrow, el profesor desaparecido!

Garik no dudó un momento. Apuntó con su pistola térmica. Disparó. Era su penúltima carga, pero no era capaz de disparar a sangre fría y matar. Lo hizo, apuntando ante los pies mismos del hombre que fingía ser un transeúnte cualquiera.

En el acto, Farrow dio un brinco. Miró un solo segundo hacia lo alto, cuando el metal de la aerovía hirvió ante él, en un ancho cerco derretido, y luego echó a correr a la desesperada.

Pero ya no se encaminó al bar, sino que pareció que iba a ocupar un vehículo situado frente a él. Garik apuntó, dispuesto ahora a tirar sobre él sin contemplaciones. Los ojos del fugitivo, tras las gafas oscuras, eran invisibles. Pero la malevolencia de su mirada, al volver a otear hacia la terraza, era evidente.

El fugitivo comprendió que Garik dispararía, destruyendo el vehículo o aniquilándole a él. Entonces hizo algo inesperado, que coincidió con el disparo de Garik Allen: se lanzó al vacío, a una muerte cierta, abandonando la aerovía.

El disparo de Garik hizo hervir el metal en la cerca o repecho lateral de la ruta aérea. Luego, Allen tiró su pistola vacía, inútil, con gesto furioso, y saltó

por el repecho de la terraza, lanzándose a través de las enredaderas y salientes del muro, descendiendo hacia la aerovía, por el mismo camino que, a no dudar, tomó el asesino, después de matar a la hermosa muchacha.

Farrow no se había estrellado contra el pavimento, al fondo de la calle. Al saltar, no optó por una decisión suicida, sino por algo previamente calculado. Garik lo había temido nada más verle saltar. Farrow no era de los que se mataban, al verse acorralados.

De su traje emergió un paracaídas ligero, mientras descendía. Era uno de los modernos frena-caídas, de presión, muy rápido y eficaz. Descendió aceleradamente, para reducir velocidad y peso a poca distancia del suelo de la calle. Tocó ésta, y a los gritos de Garik, un hombre corrió a interponerse en su camino.

Nunca debió de hacerlo. Farrow era un criminal acorralado. Y como tal obró. De su mano, armada, brotó una llamarada azul, violenta. Un estallido destrozó la cabeza del que pretendía detenerlo, y el cuerpo decapitado rodó a sus pies. Farrow, frenéticamente, se lanzó sobre un vehículo aparcado allí. Tenía la portezuela abierta. Saltó al interior. Evidentemente, había medido todos los pros y los contras, y dejó dispuestos varios vehículos, para una fuga accidentada como aquélla.

Penetró en el turbo-móvil y arrancó vertiginosamente, estando a punto de arrollar a una joven pareja que se echó violentamente a un lado, dejándole paso libre.

Cuando Garik Allen, jadeante y sin aliento, llegó al lugar, no había el menor rastro del profesor Farrow ni del vehículo que tomara para huir, tras su última serie de sangrientos delitos...

* * *

—Vamos, hijo. No debe desesperarse demasiado. A fin de cuentas, no fue culpa suya. Hizo todo lo que hubiera podido hacer cualquier otro agente. Pero no podía esperar que Farrow tuviera la intención de lanzarse al vacío, con un paracaídas de presión. Y menos aún, que fuese a asesinar a Irma Trevor, cuando usted estaba precisamente visitándola.

Donald Callowan subrayó sus frases de consuelo con un leve golpe sobre la espalda de Garik. Luego, el joven agente de la «Spacial International Police» se encogió de hombros, manifestando con desaliento:

—De cualquier modo, señor, he fracasado. No una, sino varias veces. Este caso se me resiste. He seguido varias pistas falsas desde un principio, y ahora pago mis errores.

—Tampoco es justo ahora —respondió Callowan con calma—. No ha seguido pistas falsas. La prueba es que usted y Duke Grant dieron con el misterio de «La Torre de la Galaxia». Luego, usted encontró el cadáver de McDugan, en un viejo cobertizo. Posteriormente, ha llegado casi a obtener

resultado de su visita a Irma Trevor. Y la más clara prueba de esto, es que ella ha sido muerta. ¿Por qué? Porque evidentemente, podía hablar, revelar algo que perjudicaba a una persona... y que usted supo casi sonsacarle. O, en el peor de los casos, hizo una siembra demasiado buena, y el asesino tuvo miedo de que llegara más lejos...

—Todo eso es un pobre consuelo, señor. El fracaso ha llegado. He perdido a Farrow ante mis propios ojos. Me ha burlado, ha vuelto a escurrirse una vez más, cometiendo dos crímenes en escaso tiempo. Mató a Irma Trevor y a un transeúnte que intentó detenerle.

—Pagaré por todos —aseveró solemnemente Callowan—. La S.I.P. nunca deja una presa, Allen. Usted lo sabe. Y usted seguirá adelante hasta el fin.

—¿Yo, señor? —se sorprendió Garik—. Esperaba ser relevado después de...

—He dicho que seguirá hasta el fin. Eso es todo. Adelante, muchacho. Olvide pasados momentos adversos. Recuerde que nadie jalonea su camino de éxitos constantes. Y que el que realmente interesa siempre es el triunfo final.

—Yo me pregunto si llegará alguna vez.

—Tiene que llegar. Creo que usted anduvo muy cerca de él. Ahora ya sabe quién es nuestro hombre, ¿no es cierto? No nos caben dudas de que Selwyn Farrow vive y es el principal culpable.

—Sí, es nuestra única ventaja actual. Saber a quién perseguimos: Estoy seguro que Irma Trevor fue la cómplice de Farrow en la organización del gran golpe. Luego, ella, empezó a recelar, tuvo miedo de ser otra víctima más, al saber que McDugan murió asesinado. Y así ocurrió. Farrow acabó con ella.

—En cuyo caso, él está solo ahora. Es el único dueño de una fortuna ingente, el botín de siete naves comerciales desvalijadas —le recordó Callowan—. El juego sucio que encubrió la supuesta maravilla científica de «La Torre de la Galaxia», le ha dado resultado. Sólo que Farrow fue lo bastante listo para eliminar a todos los que le ayudaron, y ahora es el único para disfrutar de ese dinero... si es que llega a quedar impune cuanto ha hecho...

—Un hombre que cojea como él difícilmente escapa a una vigilancia estrecha —comentó Garik Allen con voz dura—. Además, tiene un aspecto físico muy peculiar.

—Sería preciso buscar, indagar, intentar dar con su paradero —le hizo notar Callowan—. Estoy seguro que donde se oculta Farrow, está el botín. Hallar a uno, es hallar al otro.

—Sí, he pensado lo mismo que usted —asintió Garik, sorprendido—. Sólo que no sé dónde puede ser ese lugar. Ingre Hanzer, el financiero a quién engañaron McDugan y Farrow, arruinándole con su falso proyecto, me dio varios lugares donde poder hallar a nuestros hombres. Me sirvió eso para localizar a McDugan... aunque demasiado tarde ya. He recorrido todos los demás lugares que él me citó, pero inútilmente. Farrow no está en ellos.

—Hable otra vez con Hanzer. Tal vez logre recordar algún otro refugio, algún lugar poco frecuentado, donde se ocultase Farrow. Aunque supongo que Hanzer no estará precisamente de humor para hablarle de nada —sonrió Donald Callowan burlonamente—. Acaban de entregarle oficialmente «La Torre de la Galaxia», y creo que la presencia de ese vehículo, para él tan nefasto, sólo ha servido para irritarle más de lo que estaba.

—Diablo, uno no sabría qué hacer con semejante trasto. Para Hanzer, sólo puede servirle de chatarra. No lo fletará más, ni aunque le regalen el dinero para ello —rio Garik.

—Lo ha metido en su hangar, precisamente donde se fabricó. Creo que lo hará desguazar, para convertirlo en residuos. Ahí termina la historia asombrosa de una nave espacial que no sirvió absolutamente para nada... pero que proporcionó millones a los dos hombres que la crearon. Considero que es un relato criminal realmente asombroso... e incluso divertido, si no fuese por la cantidad de víctimas, por la sangre derramada a lo largo de sus peripecias.

Garik Allen estaba con los ojos perdidos en el aire, meditando profundamente. Fruncía su ceño, reflexivo, como si algo, dentro de su mente, no estuviera demasiado claro. En su imaginación, pasaban como fragmentos de película, viejas escenas relacionadas con «La Torre de la Galaxia». Una emisión televisada de Cameron Wakell, el mejor comentarista televisivo del país... Los rostros de los hombres que habían creado aquella supuesta maravilla... McDugan, Farrow, el pobre Hanzer... El vuelo a las estrellas...

Y luego, la segunda parte de la historia: naves desaparecidas, una fortuna en botín, una serie de ruinosos seguros para la «Space Agency», una tripulación de seres congelados, por medio de una parálisis artificial en la «Galaxy Tower», dos científicos desaparecidos... Su amigo Grant, asesinado, después de hablar con Irma Trevor... McDugan, muerto... Farrow, huyendo audazmente, tras matar a Irma Trevor... Atentado contra él, en su turbomóvil...

Todo parecía increíble, una sucesión de fantásticos e inauditos sucesos. Pero todo había sido real. Y ahora... ¿ahora qué podía hacerse?

Se incorporó, con un suspiro de desaliento. Fue al telefófono de Donald Callowan e inquirió:

—¿Puedo utilizarlo, señor?

—Claro, Allen. Utilícelo.

Garik levantó el, auricular. Marcó las cifras de comunicación directa con Nueva York. La conferencia interurbana desde Washington se conectó en el acto. Zumbó el llamador al otro extremo. El zumbido se repitió tres veces seguidas. Luego, desprendieron el auricular.

En la pequeña pantalla se dibujó una silueta. Pero no era la de Fay Grant, cuyo número marcaba Garik. Con estupor, éste descubrió una figura masculina, vestida de oscuro. Un rostro, enmascarado con un alto pañuelo o bufanda de seda negra, hasta los mismos ojos y con una gorra de plástico

negro, ceñida hasta las cejas. Lo que restaba de su faz, lo cubrían las gafas oscuras. La mano que esgrimía el auricular, estaba enguantada también de negro.

—¿Quién llama? —preguntó una voz dura, ronca y borrosa. Luego, escapó una risita burlona bajo la bufanda oscura—. ¡Oh, usted, señor Allen! Bien, celebro esta llamada. Y no espere sorprenderme de nuevo. Ya me marchó... llevándome conmigo a la señorita Grant, desde luego. Su llamada ha sido francamente oportuna.

—¡Espere, maldito sea! —rugió Garik, en tanto Callowan, con su mirada dilatada fija en la pantalla, corría a avisar por un interfono a las correspondientes secciones de la S.I.P.—. ¡No puede hacer eso! ¡Le mataré si ella sufre algún daño, cobarde!

—No está en situación de insultar, señor Allen —otra risita, y ahora, al mover sin duda el enmascarado la posición del objetivo del televisófono, enfocó en su cuadro también a Fay Grant. La muchacha yacía inconsciente, al parecer sin vida, sobre el suelo de la estancia—. Ahí tiene a Fay Grant. Está viva, no tema. Me la llevo. Pero no seguirá con vida si usted y la S.I.P. siguen estúpidamente su tarea de acosarme. Ahora, adiós. Están avisados. Antes de caer yo, otros muchos caerán. En primer lugar, la señorita Grant. Si usted la aprecia como yo creo... ¡no hará nada, Garik Allen!

Y colgó, sin dar tiempo a más. La imagen se apagó en la pantalla. Garik se lanzó como una flecha sobre otro interfono, pero Callowan le frenó en seco, aterrándole con energía por un brazo.

—No sea loco —le avisó, incisivo—. Lo que va a hacer es una torpeza.

—¿Por qué, señor? —aulló Garik—... ¡Voy a avisar a las Brigadas Volantes para...!

—No va a hacer nada de eso. Si hace ir policías a casa de Fay Grant, ella sufrirá posiblemente la misma muerte que Irma Trevor. Tenga paciencia. Se la lleva como rehén.

—¡No lo creo! ¡La matará!

—Si es así, tampoco lo evitará con esas medidas. Confiemos en que respete su vida, para salvaguardar la propia. ¿Ha reconocido al hombre?

—Sí. Llevaba gafas oscuras. Y cojeaba. No hubiera necesitado enmascararse. Era Farrow.

—Bien. En ese caso, reflexione. Farrow tiene ahora a Fay Grant. Si hay que obrar contra él, será ¡mejor hacerlo con prudencia, con astucia. No en forma torpe y brutal. ¿Me entiende, Garik? Ahora exijo de usted más serenidad e inteligencia que nunca.

—Sí, señor —Garik se rehízo, con dificultades. Sentandose, más aliviado—. Usted está en lo cierto, como siempre. Hace falta serenar los ánimos, ver claro... antes de dar un paso en falso. Tal vez, después de todo, Fay pueda ser salvada.

—Sí, tal vez... —Callowan le miró profundamente—. Usted está enamorado de esa chica, ¿verdad, Garik?

—Creo que sí, señor. Muy enamorado. Lo estuve siempre —confesó lealmente Allen.

—Entonces, en nombre de ese amor, sea prudente. Cuando esa chica esté a salvo y el caso resuelto, imagino que terminará por casarse, y será baja forzosa en el Cuerpo. Pero aun así, mi deber es velar por ella y por usted muchacho —el tono de Callowan era humano, cálido—. La lucha va a ser mucho más difícil. Ahora, el enemigo tiene un arma contra nosotros. Ni quiera la S.I.P. permite que una mujer arriesgue su vida a cambio de un éxito policíaco. Es necesario acabar con Farrow... ¡y rescatar viva y salva a Fay Grant!

—Si eso fuera posible, señor...

—Ha de ser posible, Garik. Ese hombre, el criminal, está asustado. Tiene miedo y empieza a cometer errores. Le falla la serenidad... o nunca hubiera recurrido a un burdo disfraz, cuando sabemos perfectamente que es Selwyn Farrow, y tanto da verle ya su faz o no, puesto que le hemos visto cojear y hemos advertido sus gafas oscuras. Por tanto...

—Señor, a mí en cambio, me pareció muy sereno y dueño de sí ante el telefófono.

—Pura apariencia. Lo que ha hecho, al enmascararse, va contra ese hecho...

Garik frunció el ceño. Levantó los ojos, mirando a su superior con repentina sorpresa. Finalmente, declaró con voz ronca:

—¡Un momento, señor! Esas palabras tuyas me han dado una idea... Creo... creo que sé cómo buscar al asesino, al hombre que ha raptado a Fay... y tal vez también dónde hallarle...

Donald Callowan parpadeó, sorprendido. No comprendió lo que le decía su subordinado, hasta que éste continuó hablando, rápida y excitadamente.

CAPÍTULO X

FINAL



E veras cree usted que puedo ayudarle en algo más, Allen?

—Sí, Hanzer. En realidad, usted es el hombre que más contacto tuvo con los dos rufianes. También el más perjudicado. Sé que es quien más deseará que Selwyn Farrow caiga por fin en nuestras manos.

—Eso puede darlo por seguro —afirmó Ingre Hanzer, apretando los labios con expresión furiosa—. He logrado perdonar a McDugan. A fin de cuentas, él murió, y yo siempre disculpo a los muertos. Pero Farrow no sólo vive, sino que está cometiendo tropelía tras tropelía.

—Aún ignora usted la última —sonrió Allen, con gesto duro, agresivo—. Ha raptado a una muchacha inocente, por el solo hecho de ser amiga mía. Así cree tener un rehén para que yo deje de perseguirle. Me ha cogido miedo. Pero no me enorgullece en absoluto. El miedo de un feroz asesino como él es muy peligroso.

—¿Cree a ese Farrow capaz de temer a nadie, a estas alturas? —dudó Hanzer, ceñudo.

—A mí, sí —aseguró Garik Allen con energía—. Acaba de demostrarlo, dando un paso en falso. Ahora, quisiera comprobar algo, en el mismo taller en que montaron ustedes «La Torre de la Galaxia». Es una idea que tengo. Tal vez sea errónea, pero no descansaré hasta comprobarla.

—No sé si habrá algo útil allí actualmente —suspiró Ingre Hanzer, el magnate de la construcción de aeronaves—. El hecho de haberme devuelto ese maldito chisme, «La Torre de la Galaxia», lo ha revuelto todo. Ni siquiera sé lo que haré. Odio esa nave. Dicen que bien reorganizada puede hacer aún bastante servicio a la astronáutica. Pero yo lo dudo mucho. Y de cualquier manera, prefiero verla desguzada, hecha chatarra, antes que saber que vuela de nuevo. Llámelo una tontería, pero así es.

Garik dijo:

—Le comprendo muy bien, Hanzer. Espero, sin embargo, que al meter allí la nave nada haya sido sustancialmente alterado en el taller.

—Pero de verdad, amigo mío, ¿qué mil diablos espera hallar? La policía lo registró, la Comisión Federal del Espacio también, y nada hallaron de interés.

—No quiero decirle nada aún, hasta no comprobad si estoy en lo cierto o es una tontería mi idea —sonrió, señalando ante sí, al gran edificio de techumbre metálica que surgió ante ellos, en aquel espacio deshabitado de Jersey—. Y pronto saldremos de dudas. Ya estamos en el lugar, ¿no?

—En efecto —asintió Hanzer—. Hemos llegado, Allen. Dios quiera que esté en lo cierto.

Garik Allen se incorporó. Era el último rincón que registraba, en la amplia nave de construcción donde fechas antes se construyera la orgullosa torre metálica, color plata, que en vez de llevar al hombre a las Galaxias, había servido de navío corsario a unos forajidos de la peor especie.

—Nada —manifestó apagadamente, sacudiendo el polvo de sus manos y ropas—. Nada, Hanzer... Después de todo, fui un estúpido. Por hacerme ilusiones, y por creer que soy un tipo con ideas.

—¿No lo es? —sonrió Hanzer, con aire interrogante.

—Claro que no —golpeó la pared con su pie, irritadamente. Se volvió, contemplando la esbelta torre de plata que había sido llamada «La Torre de la Galaxia». Allí estaba de nuevo. Arrinconada en la vasta nave del cobertizo. Inútil, como un trasto viejo—. Era el último lugar del taller que me quedaba por investigar.

—Pero ¿cree realmente que buscaba algo? Tal vez sólo existía en su imaginación.

—Sí, no cabe duda —suspiró Garik. Luego, contempló más detenidamente la forma metálica—. Ahí está el causante de todos nuestros males, Hanzer.

—No me lo recuerde —se estremeció el millonario—. Prefiero no mirar... y olvidarlo.

—Espere un momento —Garik enarcó las cejas—. Me gustaría echar una nueva ojeada a «La Torre de la Galaxia». En su interior, por supuesto.

—¿Ahora? —se asombró Hanzer, parpadeando al mirarle.

—Sí. Tal vez el rastro que no encontré en el cobertizo, pueda estar ahí. ¿Tiene inconveniente en ello quizá?

—¿Inconveniente? Por Dios, Allen, sólo quiero ayudarle. No sólo por simpatía, sino porque además usted tiene derecho a hacer lo que crea preciso, como agente de la S.I.P., en el cargo del asunto. Venga, le mostraré el interior de «La Torre». Imagino que todo estará igual a bordo. No resolverá nada... a no ser que su visión le ilumine. Y por Dios que falta haría ese milagro, si queremos terminar de una vez con ese científico lisiado y enfermo mental...

Se encaminó a la «Galaxy Tower», que mostraba sus bellas letras luminosas, borradas en parte algunas de ellas, bajo la gigantesca cúpula del cobertizo. Extrajo del bolsillo un manojo de llaves, y entre las que figuraban dos llaves maestras de energía magnética. Aplicadas a los resortes de acceso, hicieron ceder con un suave chirrido la puerta.

—Adelante, Allen —invitó Hanzer—. No puedo decirle que está en su casa, pero casi casi... Busque lo que desee en el interior. ¿Quiere que le ayude en algo?

—Sí, por favor. Usted conoce bien el interior de la «Torre». Sea mi guía. La vez anterior, no llegué a recorrerla toda. Me bastó con encontrar a los tripulantes helados. Y los vehículos asaltados y secuestrados por los piratas.

Los dos hombres se adentraron en la mítica «Torre de la Galaxia». Hanzer

abría paso. El agente de la «Spacial International Police» iba detrás, mirando curiosamente todo en torno suyo. Los muros curvos, de metal o de plástico metalizado, los instrumentos de a bordo, los mil heterogéneos objetos que hacían volar a una nave de aquel peso y volumen, que controlaban su acción y combustible, y regían la vida a bordo.

De nuevo pisó los lugares donde hallaran a la tripulación muerta. Evocó al pobre Duke, convertido en víctima, lo mismo que todos aquellos hombres. Al llegar a la cabina central de mando, tan desierta y silenciosa como el resto de la nave espacial, fijó su mirada en los vacíos asientos, ante los controles.

—Ahí se sentaron McDugan y Farrow —musitó—. Y quizás un tercer personaje que jamás conoceremos.

—¿Un tercer personaje? —se sorprendió Hanzer—. ¿Quién? ¿Acaso Alex Trevor...?

—Acaso él. O acaso fue su mujer. O tal vez, incluso, su mujer no era sino un cuarto personaje. Era hermosa, rica... y no vivía con su marido. Se habían separado. Seguramente, Irma Trevor vivía ahora con otro hombre, otro a quien amaba, con quien colaboró en el gigantesco proyecto de enriquecerse con una piratería espacial que tenía visos de ser un delito impune. Sólo que luego la idea divertida se hizo terrible, con tantos muertos sobre su conciencia. Y la bella Irma tuvo miedo, arrepentimiento, yo qué sé. Decidida estaba incluso a denunciar la verdad. Lo hubiera hecho, si Farrow no la mata, casi ante mis propios ojos.

—Diablo, qué historia más enredada —suspiró Ingre Hanzer—. ¿Cómo averiguó todo eso?

—Oh, son sólo teorías. La S.I.P. trata de confirmarlas ahora. Está buscando a los probables amantes de Hilda Trevor. Tal vez así hallemos al hombre que estaba tras de Selwyn Farrow y McDugan.

—Pero ¿no es Farrow quien les interesa?

Garik no respondió a la pregunta. Acababa de detraerse ante una puerta lateral de la cabina. La señaló.

—¿Qué lugar es ése que está tras la puerta? —preguntó a Hanzer.

—Una especie de alacena y almacén de viandas, instrumental y todo eso.

—Entiendo. ¿Quiere abrirlo?

—¿Abrirlo? Oh, bien... —se encogió de hombros—. La verdad es que ni siquiera sé si se abrirá. Nunca entro ahí. Espere a ver si tengo la llave, o sirve una de éstas...

Probó las llaves magnéticas, pero la puerta no cedió. Perplejo, miró a Garik. Éste sonrió, y probó a su vez, con igual resultado. Luego, indagó:

—¿Puedo hacer un pequeño destrozo más a bordo?

—No sé por qué tiene tanto empeño en abrir eso, pero adelante. No me importa lo que haga aquí. Ya le digo que va a desguazarse para chatarra.

—Gracias, Hanzer. No haré mucho daño —extrajo su pistola térmica.

Disparó sobre la cerradura un solo proyectil. El calor concentrado a altísimas temperaturas y presión, disgregó el metal como si fuese cera. Luego, Garik se detuvo, y tendió el arma a Hanzer, que parpadeó, con extrañeza, sin saber qué hacer.

—Tómela —invitó—. Cúbrame, por si encontramos algo que no esperamos.

—No entiendo... —rezongó Hanzer, con asombro, pero aceptando el arma —. ¿Hay peligro?

—Puede haberlo —asintió Garik Allen, asomándose a la cámara. En el acto reculó, con expresión sombría. Miró a Hanzer y denegó con la cabeza —. Pero no. Ya no lo hay, amigo mío.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir?

—Mire ahí dentro. Hay justamente lo que me imaginaba: un hombre.

—¿Un hombre? ¡Cielos, no!

—Sí. Sólo que está muerto. Empuña un cuchillo o algo parecido. Lo tiene sepultado en el corazón. Creo que dio fin a su vida por razones que ignoramos.

—Pero... ¿quién es? —casi gritó Hanzer, temblándole la mano armada.

—¿No lo imagina ya? Es el profesor Selwyn Farrow, por supuesto...

* * *

—¡Selwyn Farrow muerto! —retrocedió Hanzer, en la frígida cámara de alimentos. En su centro, junto a un tanque de agua potable y una caja de conservas, yacía el científico cojo. Las gafas estaban rotas, no lejos de su lívida y crispada faz.

—Esto cierra el caso —suspiró Garik —Siempre sospeché que Farrow buscaría un escondite así. Un lugar donde a nadie se le ocurriera buscarle. ¿Quiere otro mejor que la propia «Torre del Espacio», recién devuelta por la policía?

Hanzer preguntó:

—Pero ¿y el botín?

—Ése ha desaparecido. Quizá se lo quitó McDugan y por eso le mató. O estaba demasiado lejos de su alcance y por eso se ha suicidado, admitiendo su fracaso. Ahora, debemos de encontrar a Fay Grant. Es la víctima del secuestro que realizó precisamente ayer. No creo que le causara ningún mal.

—Y aunque así fuera... ¿qué podríamos hacer? Ignoramos en absoluto dónde buscar...

—No lejos de aquí. Seguramente Farrow la ocultó muy cerca de donde él se escondía.

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir que tal vez dentro mismo de «La Torre de la Galaxia».

Busquemos, Hanzer, busquemos... Quizá no estamos lejos de ella.

Recogió de manos de Hanzer nuevamente su pistola térmica. Ambos hombres echaron a andar por el interior del vehículo espacial.

Recorrieron una a una sus dependencias. Ni el menor rastro de la muchacha en parte alguna. Garik estaba ligeramente pálido, pero sereno. Apretaba los labios, con expresión dura. Parecía confiar, confiar aún... Quería confiar, al menos.

—Si a ella le ha ocurrido algo... sólo lamentaré que Farrow haya muerto —dijo roncamente, al detenerse en la última cámara, desalentado—. Porque yo me hubiera cuidado de eso, con mis propias manos.

—Serénese. Recuerde que es un agente de la S.I.P. —dijo Hanzer con tono cordial—. Bien, creo que ya no queda nada por visitar, ¿eh, Allen?

—Se equivoca —Garik le miró, con ojos entornados—. Queda la cámara inferior... donde guardan las pequeñas naves robadas. Tal vez allí...

Hanzer parpadeó. Parecía que iba a replicar algo, pero terminó encogiéndose de hombros.

—Es cierto —admitió—. No creo que esté allí, pero vayamos a ver...

Garik Allen se movió, juntamente con Hanzer. Los dos hombres recorrieron un corredor, hasta el lugar donde se abría la entrada a la cámara inferior. La puerta estaba cerrada. Pero en esta ocasión no hizo falta utilizar la pistola térmica. La hoja aún estaba dañada, de cuando entraron Duke Grant y Garik. Con un esfuerzo de las llaves magnéticas de Hanzer, el paso quedó franco.

Entraron, avanzando con prevención. Garik tendió su arma de nuevo a Hanzer, y le indicó:

—Cúbrame otra vez, amigo. ¿Sabrá utilizarla, llegado el caso?

—Creo que sí —sonrió el millonario—. ¿Cree realmente que hay motivos para temer algo, muerto ya Selwyn Farrow?

—Eso, nunca se sabe. Siempre es mejor adoptar precauciones, Hanzer.

—Está bien, usted sabe más de esto que yo. Adelante.

Descendieron a la planta más baja, donde estuvieron las naves asaltadas anteriormente. Era una vasta nave en sombras, con luces fluorescentes, que hizo accionar Hanzer.

La búsqueda fue breve. Al abrir la puerta corrediza de un compartimiento lateral, Garik lanzó un grito de júbilo.

Había encontrado a Fay Grant. Amordazada y ligada. Pero con vida.

* * *

—¡Fay, gracias al cielo! —jadeó Garik, inclinándose sobre la joven.

La hermana de Duke yacía contra el fondo del compartimiento estanco, fuertemente ligada con fibras de plástico irrompibles, y amordazada con un

pañuelo de sedaplast. Garik la despojó de todo, y extrajo del bolsillo una petaca metálica, que destapó, desenroscando el tapón, y echando unas gotas de licor en los labios de Fay.

Ella se incorporó, con un suspiro, poco después. Abrió sus ojos, mirando con terror ante sí. Al reconocer a Garik, estalló en sollozos y se abrazó a él, impulsiva.

—¡Dios, mío, Garik, eres tú! ¡No me abandones, no me dejes, por Dios! ¡Ese horrible hombre...! ¡Me matará si me coje de nuevo...!

—Cálmate, querida. No te matará ya nadie —dijo él, alentador, acariciando sus cabellos con ternura—. Farrow ha muerto. No puede hacerte ningún daño...

—¿Farrow? ¿Era Farrow quien me capturó? Cojeaba, tenía gafas oscuras...

—Sí, era él —asintió Garik—. Lo hemos encontrado muerto. Se mató, sin duda al verse perdido. O, por lo menos, eso ha pretendido hacernos creer alguien.

—¿Eh? —saltó Hanzer—. ¿Qué es lo que dice, Allen?

—Siento no habérselo dicho antes, amigo mío —sonrió Allen—. Pero no quería precipitar acontecimientos. En realidad, creo que cuando hagan la autopsia a Farrow, descubrirán que el sabio murió antes de poder secuestrar a Fay, e incluso antes de matar a Irma Trevor.

—¡Pero eso es imposible! ¿Entonces quién mató a la Trevor, quién raptó a...?

—Nuestro tercer hombre. El personaje misterioso. ¿Recuerda lo que le dije de él, Hanzer? La verdad es que, lo mismo que la tripulación de «La Torre de la Galaxia», fueron marionetas en manos de McDugan y Farrow, éstos a su vez fueron muñecos, instrumentos dóciles y confiados, que utilizó en su favor alguien, logrando así descargar un golpe maestro, del que luego excluyó a la tripulación pirata, por el expeditivo sistema de aniquilar a todos por medio de un rayo paralizador, que adormeció a todos, pudiendo luego congelarles con unas ampollas de frío concentrado. Mató a McDugan, cuando consideró llegado el momento de hacer aparecer como culpable ideal a Farrow. ¿Por qué eligió a éste? Fácil; Farrow era cojo y llevaba gafas. Se le podía imitar bien, para hacer creer que era el asesino, cubriendo su puesto otra persona. Bastaba fingir la cojera, usar una peluca especial, gafas oscuras, etc. Pero entonces, era absurdo usar disfraces, máscaras y todo eso. Ahí, el falso Farrow parecía realmente estúpido. Pero no lo era. Se tenía que ocultar, para no revelar quién era, y sí quien pretendía ser. Ese mismo «tercer hombre» que era el amante secreto de Irma Trevor. Y que no dudó en matar a ésta, como antes no había dudado en matar a cuantos le estorbaban o le hacían peligrar, desde los tripulantes de las naves asaltadas y de su propia nave pirata, hasta el propio Farrow, a quién mató él, sin existir suicidio alguno, para cerrar el caso. De haber venido mal dadas, hubiera utilizado a Fay de rehén, a cambio de su vida. Pero así se le presentaron mejor las cosas, y aprovechó la oportunidad.

—Me deja usted asombrado. ¿Y cree que ese «tercer personaje» posee el botín?

—Eso es. Cerrado el enigma en este punto, nuestro misterioso ser ganaría mucho. Pero yo le seguiré buscando. Y sé que terminaré dando con él, tarde o temprano.

—Yo también lo sé, Allen —asintió Ingre Hanzer lentamente—. Es un buen detective y un luchador infatigable. Sabe ya tanto, que no le costará dar con el culpable. Por esa misma razón, no tengo otro remedio que hacerlo, Allen.

—¿Qué hacer, el qué?

—Matarle, por supuesto —dijo fríamente Ingre Hanzer, apuntándole con su propia pistola térmica—. Yo soy el «tercer hombre» de su historia de piratas y crímenes...

CONCLUSIÓN

—¡Dios mío! —chilló Fay, dilatando terriblemente los ojos. Le miró, aferrándose a Garik con energía—. ¡Es cierto! ¡Su voz... su aspecto...! ¡Seguro que era él, Garik!

Allen se había incorporado lentamente, apartándose unos pasos de Fay. El arma térmica le siguió, desde las manos en que él mismo la depositara. Hanzer, con expresión furiosa, ordenó:

—¡No se mueva de ahí! De todos modos, vaya adónde vaya, morirá. Ha sido muy ingenuo al dejarme su propia arma. Esto facilita las cosas. Usted está desarmado, detective. Yo mando en la situación. Lo lamento, pero no puedo hacer más: les mataré a ambos.

—De modo que era usted... —susurró Garik, sin desviar sus ojos de él—. Usted, el perjudicado, el hombre engañado por unos falsarios... ¡cuando en realidad, usted se dejaba engañar en apariencia, para ser, en realidad, el jefe del grupo pirata, con otra personalidad muy distinta al Hanzer, de los millones, que en realidad ya no era sino una hábil mentira de cara al mundo. Está usted arruinado. Quizás Irma ayudó a ello. Y necesitaba ese gran juego, ese producto formidable, que usted se quedaría solo, matando a todos sus colaboradores, para volver a ser el Ingle Hanzer que deseaba. Un potentado colosal. Nadie le hubiera preguntado nunca de dónde venía el dinero... Y siempre hubiera estado en la mayor impunidad, Hanzer. ¿No es cierto?

—Lo estaré de todos modos, Allen. Sólo usted me preocupaba. Temía que iba a llegar al final del asunto, de un modo u otro —jadeó Hanzer—. Por eso

rapté a la chica. Si usted se hubiera conformado con el fin de Farrow como epílogo del caso, hubiera salvado su vida... y la de ella. Ahora, tengo que matarles.

Garik Allen, con los brazos caídos, en una mano la petaca inofensiva del «brandy», contempló fijamente a Hanzer. Sus labios apenas se movieron al susurrar a Fay, encogida y llena de terror junto a él:

—La respiración... Toma aliento... y no respires por nada del mundo...

—Deje de murmurar —cortó, tajante Hanzer, aplicando el dedo al resorte de tiro de su pistola térmica. Una sola bala, destrozaría sus cuerpos, abrasándolos. Y Hanzer iba a dispararla. Sería el epílogo de la extraña historia de «La Torre de la Galaxia»—. Adiós, inteligente señor Garik Allen. Llévase su sabiduría al infierno...

Disparó. Su dedo movió el resorte, al menos. Pero no sucedió nada. No brotó disparo alguno. Solamente un leve chasquido. Hanzer, sorprendido, repitió el disparo. Un gran estupor invadía su rostro. Tiró una y otra vez, con igual esterilidad.

Demasiado tarde comprendió que el arma no tenía cargas. Rabioso, la tiró al suelo, y buscó un arma propia para acabar con ellos. Garik no se movió... Tampoco Fay Grant.

Pero el plano frasco de plastmetal, presionado por los dedos de Garik, tras dar un giro disimulado y rápido al gollete, emergía ya un sibilante chorro de gas invisible. Un gas que había empezado a emerger en silencio poco antes, mientras Hanzer trataba de disparar.

El millonario chilló, al tiempo de extraer su arma, una pistola de cargas explosivas. Tosió, desesperado, con la faz enrojecida. No pudo disparar. El arma huyó de sus dedos. Luego, tosiendo más y más, cayó de rodillas. Boqueó sin aliento. Y cayó de bruces, un momento después, ante la expresión hermética de Garik, que contenía la respiración.

Rápido, tiró el frasco el joven agente de la S.I.P. Se volvió, tomando a Fay entre sus brazos. Corrió fuera de la cámara, cerrando tras de sí. Ya en el corredor, respiró hondo. Fay le imitó.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Garik? —musitó ella—. No logro entender nada...

—Es fácil. Yo «sabía» ya que era él cuando vine aquí hoy. Lo confirmé al ver muerto a Farrow. Ya había sospechado que yo veía a un falso Farrow. Y que el hombre que te raptó y me habló por el telefófono me conocía muy bien, ya que no vaciló en nombrarme. Yo nunca había visto personalmente a Farrow, ni él a mí. Por tanto, lo excluí, y vi clara la verdad. ¿Quién mejor que el propio Hanzer, víctima de los científicos, para fingirse el más perjudicado, siendo en realidad el amo de todo? Fingió dejarse engañar. Luego, a la hora de la verdad, se erigió en jefe. Y a las artimañas de los dos bribones replicó con las suyas, mucho más feroces y despiadadas. Así acabó con todos. Por eso traje conmigo un arma con un solo proyectil térmico, y una vez disparado éste

la dejé en sus manos, fingiendo sorprenderme mucho al saberle culpable para que no recelara. Entretanto, el frasco-petaca de doble fondo, uno con simple «brandy» y otro con gas irritante y adormecedor, que emergía sólo con girar el gollete, era mi arma defensiva, en tanto me fingía inerte. Por eso te pedí que no respirases. Ahora, Hanzer dormirá largo rato.

—Oh, Garik, eres maravilloso —musitó Fay, apoyándose en su hombro—. Me salvaste... y me devuelves la libertad.

—Sí, Fay. Pero eso tal, vez sea por poco tiempo —sonrió Allen.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió ella.

—Hablo de tu libertad. No te dejaré mucho tiempo libre, Fay. Vives sola... yo también. Y te quiero. ¿No vas a ser mi esposa?

—¡Garik? Sería maravilloso... pero tú perteneces a la S.I.P...

El joven agente de la «Spacial International Police» sonrió, mirando hacia fuera.

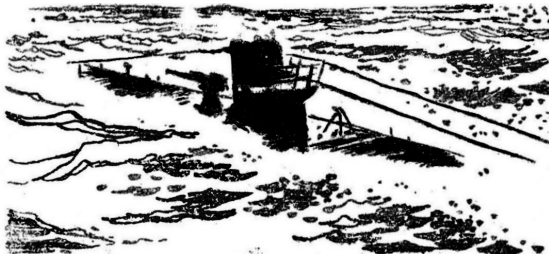
—Ahora llegarán mis compañeros. Seguramente con mi jefe, Donald Callowan. El «viejo» se lo teme ya... Me limitaré a confirmárselo. Habrá una nueva baja en la S.I.P. Pero eso no importa. La vida sigue. La S.I.P. también. Nuevos hombres, nuevas promociones magníficas, suplen a los que abandonan el servicio... La ley nunca descansa, nunca duerme, nunca muere. Ahora sólo falta hallar el gran botín. Supongo que Hanzer lo ocultó en su vivienda. Pero eso ya es secundario, excepto para el pobre Trevor. Lo importante eres tú, querida...

Fay se abrazó a él con emoción. Fuera sonaban ya las sirenas de vehículos muy rápidos. La S.I.P. llegaba para remachar el caso enigmático de «La Torre de la Galaxia». El audaz plan llevado a cabo por Garik Allen, agente de la «Spacial International Police», había dado resultado.

Una vez más la ley en la Tierra y en el espacio cumplía su sagrada misión de preservar a los hombres de la siniestra amenaza del crimen organizado.

Para eso se había creado la S.I.P. Para eso luchaban sus hombres heroicamente...





Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas...

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares...

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera...

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero...

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 55.— Tela de araña. — *W. Sampas*
- 56.— Trampa para caballeros. — *Alan Star*
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
- 58.— Tráfico inhumano. — *Alan Star*
- 59.— “Space Boys”. — *W. Sampas*
- 60.— Cadáver en el espacio. — *Johnny Garland*
- 61.— Locura dirigida. — *Alan Star*
- 62.— Póquer de damas. — *Alan Star*
- 63.— Cadáveres incompletos. — *W. Sampas*
- 64.— Asesinos en la torre. — *W. Sampas*
- 65.— Poder infernal. — *Alan Star*
- 66.— Ladrones de tumbas. — *W. Sampas*
- 67.— Piratas Submarinos. — *W. Sampas*
- 68.— ¡Ultimátum! — *Alan Star*
- 69.— Ojo por ojo. — *Alan Star*
- 70.— Huellas sobre la arena. — *W. Sampas*
- 71.— ¡Pánico! — *Johnny Garland*
- 72.— Sinfonía en Luger sostenido. — *W. Sampas*
- 73.— El legado de un «gangster». — *W. Sampas*
- 74.— Tráfico siniestro. — *W. Sampas*
- 75.— Voluntario para morir. — *W. Sampas*
- 76.— Asesino del tiempo. — *Johnny Garland*
- 77.— La Torre de la Galaxia. — *Johnny Garland*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡La muerte acechaba entre ellos, presta a descargar su golpe! Recorrían el espacio exterior...

CON LA MUERTE EN ÓRBITA

¡Un título que le brinda Johnny Garland!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

7 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.

En Argentina: 12 pesos